

Anita desde las Ligas Agrarias

Tierra, trabajo y dignidad



Olivo, Ana

Anita desde las Ligas Agrarias : tierra, trabajo y dignidad / Ana Olivo ; coordinado por José Muchnik y Roberto Cittadini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación CICCUS, 2013.

80 p. ; 14x20 cm. - (Historias de vida; 3)

ISBN 978-987-693-027-7

1. Autobiografía. I. José Muchnik, coord. II. Roberto Cittadini, coord. III. Título
CDD 920

Fecha Catalogación: 01/07/2013

Primera edición: Agosto de 2013

Diseño de Colección: Juan Fenu

Fotografía de Tapa: Pablo Oliveri

Coordinación Institucional: Martín Andrés Segura

Producción/corrección: César Baldoni, integrante de *El Culebrón Timbal*

© Ediciones CICCUS 2013

Medrano 288, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C1179AD)

(+54 11) 49 81 63 18

ciccus@ciccus.org.ar / www.ciccus.org.ar

**PRO
HUERTA**

 **Familia
Argentina**
PLAN NACIONAL DE SEGURIDAD ALIMENTARIA

 **Ministerio de
Desarrollo Social
Presidencia de la Nación**

INTA

 **Ministerio de
Agricultura, Ganadería y Pesca
Presidencia de la Nación**

ProFeder

Hecho el depósito que indica la ley 11723. prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro en cualquier tipo de soporte o formato sin la autorización previa del editor.

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Anita desde las Ligas Agrarias

Tierra, trabajo y dignidad

Ana Olivo

Colección “Historias de vida”

Literatura silvestre y popular

Coordinadores: José Muchnik y Roberto Cittadini

EDICIONES
ciccus

Índice

Colección “Historias de Vida” 7

Prólogo 11

Anita desde las Ligas Agrarias 15

Colección “Historias de vida”

La palabra a la vida, a la primera persona del presente, del pasado, del futuro. En este comienzo del tercer milenio, con utopías agrietadas, con cielos acarreado grises, preñados de tormenta, sigue brotando verde, miles de brotes en múltiples latitudes, miles de vidas navegando a contracorriente, mostrando que las topadoras de la globalización no pueden nivelar los territorios del alma, mostrando que los seres humanos no son solubles en emulsiones amorfas, que mujeres y hombres siguen buscando el sentido de su existencia en sociedad, buscando su lugar en el mundo, no a partir de modelos globales, sí desde un pueblo, un barrio, sí a partir de sus amores, de sus pasiones, del deseo de justicia y dignidad para ellos y sus semejantes.

Estas historias ocurrieron en ciudades, pueblos y comarcas de Argentina, podrían haber ocurrido en cualquier otro lugar del planeta. Historias tan personales y tan universales. Historias de vida, de esperanza y desesperanza, en la búsqueda de un oficio, de un techo, de comida para los pichones. La Gran Historia, la que se transmite en manuales con hache mayúscula, está compuesta de esta miríada de pequeñas historias.

Por eso esta colección, estos testimonios escritos por sus protagonistas, con palabras cortadas a cuchillo, palabras arilla, palabras pan que nos libran las artesas del tiempo, con su corteza áspera y su miga interna. El programa Prohuerta del INTA y el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación

apoyan esta iniciativa pues han sido testigos de numerosas pequeñas grandes historias. Nuestro deseo es que esta colección vaya mucho más allá de la frontera de este programa.

Agradecemos de antemano a todas las mujeres y hombres que aportaran su argamasa para construirla.*

RC**. JM***

* Los convocamos a que envíen sus propuestas para la colección a:
martinandressegura@yahoo.com.ar

** Roberto Cittadini, sociólogo, Coordinador Nacional de Pro-Huerta (INTA-MDS).

*** José Muchnik, poeta antropólogo, Director de Investigaciones en el INRA Francia.



Prólogo

Cada historia que va integrando esta colección tiene el valor incalculable de una historia de vida, vidas comunes, extraordinarias, en las que los autores, al contar sus vidas, nos cuentan sus trabajos, sacrificios, ilusiones, gozos y pesares.

Cada historia, como la de Anita, puede ser vista también desde la perspectiva de un “estudio de caso” que nos ilustra categorías de análisis sobre la agricultura familiar, la historia agraria y la historia política argentina. Así, desde sus primeras páginas, al hablar de su familia, Anita también está hablando de la subordinación campesina en la estructura agraria correntina, de la mano de obra familiar en la estrategia de vida, del trabajo extra predial, del rol de la huerta en la economía familiar, de la dureza de la vida rural y de la solidaridad entre vecinos. Nos ilustra sobre la historia Argentina, sobre las escuelas “hechas por Perón”, del entusiasmo por aprehender... pero también de la dificultad por permanecer en la escuela: *Algunos de mis hermanos mayores no terminaron la escuela primaria, se les hacía difícil porque además, trabajaban en la chacra a la tarde.*

Nos habla del INTA “extensionista” de los años 60 donde tenía plena vigencia la consigna de trabajar con la familia rural. De una iglesia comprometida con la comunidad, la importancia del Centro de capacitación construido entre todos, la *Biblia Latinoamericana* y sobre todo, del entusiasmo de ser actores plenos en la construcción de un mundo mejor, compartiendo fiestas e ilusiones. De cómo se organizan y constituyen “las

ligas agrarias", para luego, casi sin transición son considerados como "subversivos", cuando a mediados de los años 70 las oscuras fuerzas de la represión comienzan a apoderarse de la Argentina y de las utopías que se estaban construyendo.

Y la tragedia Argentina toma nombre propio en *Tonito*, el hermano de Anita que "desaparece" en 1977, en el encarcelamiento de Sergio, el amor de Anita, cimentado en la alegría de la construcción de la utopía y luego en la resistencia, en la cárcel y en el exilio compartido.

Pero ningún dolor o injusticia consiguió doblegar su entereza: *Es contradictorio lo que les voy a decir, era una belleza encontrar este ambiente en un lugar así. Estábamos presas, pero con el corazón libre, con las ideas libres. Gracias a Dios, reflexionamos en lo que sufrió Cristo, en su calvario... nadie quita la libertad y la fortaleza que tiene el ser humano.*

Anita enaltece con su testimonio al sector minoritario de curas y obispos que fueron consecuentes con su vocación, y así rescata a Monseñor Devoto, "el obispo de los pobres", al padre Zini, a *Caty*, la monja Alicia Dumont, quién pagará con su propia desaparición el acompañamiento a los familiares de desaparecidos, cuando el 8 de diciembre de 1977 es detenida en la Iglesia de Santa Cruz.

Todo en Anita es ocasión de crecimiento y desarrollo personal, así el exilio fue una oportunidad para estudiar y lograr algún progreso económico, para conocer gente y apreciar la solidaridad latinoamericana, agradecida con el pueblo mexicano que los supo contener.

Cuando se logra recuperar nuestra democracia Anita y Sergio vuelven y siguen construyendo su historia, siempre comprometidos en la construcción de un mundo mejor.

Y en los últimos años llega *La comunicación popular: pude descubrir que toda mi historia personal era una experiencia colecti-*

va, de una generación en el país y a nivel latinoamericano. Para mí fue un salto en mis conocimientos el hecho de poder contar en una revista que decidimos hacer los comunicadores populares, ya sea lo relacionada con la historia de las Ligas Agrarias como con la organización y la lucha de este sector del campo.

Y así sigue esta historia de pasión y de solidaridad, siempre encontrando nuevos motivos para seguir luchando. Algunas situaciones no son muy diferentes de cuando eran jóvenes, tal como el trabajo en negro en el ámbito rural; su lucha abarca hoy otras injusticias como las consecuencia del abuso de agro tóxicos o la problemática de la trata de personas.

Anita sigue de pie y hoy, al compartirnos su historia, común y extraordinaria, contribuye a renovar nuestras utopías.

Roberto Cittadini

Anita desde las Ligas Agrarias

Mis padres, Emilio Olivo e Isabel Gómez se casaron en Goya, Corrientes. Juntaron seis hijos, ya que mi papá quedó viudo con tres, y mamá, soltera también con otros tres. Mi papá era peón y tropero de estancias del departamento de Goya, y decidieron que trabaje como agricultor ayudante, con inmigrantes italianos, para estar cerca de la familia. Como con este trabajo no podía sustentar la alimentación, mi mamá buscó ayuda con mis abuelos. Con los chicos hacía la huerta y varios trabajos para los vecinos, era muy trabajadora.

Mi abuela tenía un campito de pocas hectáreas a 20 kilómetros de Goya y allí se fueron a vivir. Comenzaron a sembrar de todo para el alimento, batata, mandioca, maíz, maní, papas. Más tarde, tabaco y la infaltable huerta familiar. Todo con la ayuda de los seis hermanitos, mientras mi abuelo y mi papá fueron a trabajar de hacheros para cortar leña para el ferrocarril (que en ese tiempo funcionaba a vapor), en la ciudad de Goya. Así que, durante varios años era un continuo sacar “carrados”¹ de leña con el carro de carga. Tenían el “cachapé”, que son dos ruedas grandes adheridas a un eje muy reforzado, donde se atan de eje a eje las maderas muy pesadas, y lo sacaban del fondo del monte tirado por bueyes. El carro de carga, era tirado con tres grupos de caballos de cuatro. Los caminos eran muy feos, con cañadas y barro.

¹ “Carrado” es un regionalismo que refiere a sacar carros con leña.

Allí en la chacra nacieron cinco hermanos más. En cada embarazo, mi madre tenía que irse un mes antes al hospital de Goya. Yo soy la segunda de estos cinco hermanos. Mi abuela, por parte de papá, se quedaba con nosotros para cuidarnos. En esos años, mis hermanos mayores trabajaban con algunos vecinos por la vestimenta y la comida. Iban a la escuela cuando había lindos días y los caminos le permitían llegar a los maestros.

Desde que tengo uso de razón nos criamos en la chacra con mi mamá. Papá trabajaba mucho y solamente los domingos estaba con nosotros. Él era además peluquero, así que recibía la visita de los vecinos que venían para cortarse el pelo. Nosotros éramos chiquitos de dos o tres años, recuerdo que ellos nos mimaban y nos alzaban en los brazos, les decíamos tíos. Los amigos de papá conversaban mucho, siempre en guaraní, nosotros no entendíamos nada. Se reían mucho y mi mamá les hacía mate todo el tiempo. Eran muy compañeros y se ayudaban entre vecinos.

Mis hermanos siempre tenían un lugar donde jugaban al fútbol, con la pelota de trapo que mi mamá les hacía, después aprendieron a hacerla ellos mismos. Nos visitaban también los grupos de chicas compañeras de mamá que eran catequistas. Además, ella le enseñaba a mis hermanos más grandes como antes lo había hecho con sus propios hermanos. Los tíos me comentan que recorría el paraje junto con otros jóvenes y formaba parte de la Juventud Obrera Católica.

En la década del 50 se comenzó a plantar tabaco como principal cultivo; para eso, los grandes y medianos propietarios usaban a las familias de pequeños productores de peones. En muchos casos trabajaban y el patrón vendía la cosecha con un acuerdo de palabra en un porcentaje del 50 al 30% de la venta de este producto. Se asentaron empresas en la ciudad de Goya con los acopios en el campo. En muchos casos, los acopiadores eran comerciantes de la zona que a su vez poseían (y

poseen) las tierras y vendían la mercadería. Buscaban familias numerosas para que vayan a trabajar en la plantación de tabaco negro (llamado criollo correntino), que crece muy bien en toda esta zona, porque es nativo. La gente que fuma cigarros siempre los consume, tanto los varones como las mujeres.

En ese tiempo, las familias producían entre media y una hectárea, los que tenían más tierra producían más. Como quedaba cerca la barraca, las mercaderías se llevaban y traían en el carro, ya que el lugar donde se vendía el tabaco era también almacén de ramos generales. Con respecto a eso, les voy a contar que mi mamá sufría mucho porque mi papá compraba mercadería y el resto del dinero lo gastaba en vino, tomaba mucho. Él se encontraba con sus conocidos, farreaban y llegaba borracho. Mi mamá se enojaba mucho porque además, no le daba nada de lo que sobraba del dinero de la cosecha. Papá fue siempre así, toda la vida tuvieron problemas: le mezquinaba el dinero, lo manejaba él solo, no rendía a nadie aunque trabajásemos toda la familia. Debido a eso, ella decidió emplear a mi hermana mayor, que ya tenía doce años, con una familia de Goya para que pudiera vestirse y concurrir a la escuela.

Yo ya tenía tres años cuando mi hermana se fue. Ella venía periódicamente o mamá iba a verla cuando podía, siempre sufrimos su ausencia. Era muy difícil para mis hermanos la convivencia, porque de repente tuvieron que acostumbrarse a tener otra mamá. Los hijos de papá no le obedecían, y los de mamá no lo reconocían a él, siempre en ese desencuentro. Ella supo ganarse el cariño de los tres chicos de papá, que eran mis hermanos mayores. Me puse muy mal cuando me enteré de toda la historia, no lo podía creer porque los quería a todos como si fueran hijos de ella. Siempre admiré a mi querida madre, tenía un corazón de oro, tan grande y lleno de amor hacia los chicos. Para ella eran todos sus hijos, y consiguió que le dijeran “mamá” y que sus hijos dijeran “papá” a mi papá.

En la tercera sección del departamento de Goya², trabajamos en el campito del abuelo donde teníamos caballos. Yo recuerdo que el caballo de papá era muy manso y con ese aprendimos a andar. Iba montada siempre con mi hermana que era mayor y muy valiente, yo era bastante llorona y me apoyaba siempre en ella. No tenía paciencia conmigo y me dejaba abajo, no quería que suba. Así fue que me trepé y el caballo me pisó en los pies. Me abrió el piecito, tengo la marca del pisotón, todos se asustaron y ahí sí, lloré con razón.

También recuerdo que un año se sacó buena cosecha de tabaco y papá puso dinero de su trabajo de hachero para hacer un carro que lo llevase a Goya a traer la mercadería. Porque salía más barato que "mercar" en los almacenes del lugar. Además del tabaco, llevábamos batata, mandioca y papa para vender en la ciudad. Cuando llegó papá con el carrito nuevo, recuerdo bien, todos estábamos muy contentos. Lo usábamos también para acarrear el tabaco de la chacra al galpón. Cada vez que íbamos a Goya, mamá podía venir con nosotros, visitaba a mis abuelos y acompañaba a papá para que no se emborrache. En eso, ella era muy calculadora y él fue siempre muy machista. Sin embargo, lo estudiaba para entenderlo y lo convencía en muchas cosas.

Mi papá no sabe leer. Se crió con mi abuela, que era cocinera en una estancia, y nunca lo mandó a la escuela que, además, quedaba muy lejos. Mi abuelo paterno era paraguayo. Así creció hasta que tuvo que salir a trabajar fuera de la familia. Le tuvieron que hacer el documento y le aumentaron un año: tenía diecinueve y le pusieron veinte para que lo tomen en los trabajos como mayor de edad. Así, se fue de tropero de una estancia a otra. Se recorrió todas las estancias de a caballo llevando animales, hasta que lo llamaron para la colimba. Por suerte tuvo número bajo y no llegó a incorporarse. Fue

² El departamento de Goya se divide en cinco secciones.

siempre peón de los arroceros, tropero de las grandes estancias, pero nadie le aportó para su jubilación. Igual pasó con mi abuelita, andaba siempre de cocinera y lavandera, en el campo y en Goya; y encima, tenía otros hermanos más chicos. Formó pareja con otro hombre y vivía en la ciudad, después quedó solita y vivió un tiempo con nosotros. Iba a la casa de las otras hijas pero no se hallaba en la ciudad. Recuerdo su figura delgadita, alta, con su pelo largo y sus dos trenzas. Con su cigarro de hoja de tabaco en la boca nos hablaba en guaraní, y nos traducía en español. Con papá conversaba siempre todo en guaraní, mi mamá no hablaba pero entendía muy bien. A ella se le prohibía hablar en la casa, pero siempre escuchaba y sabía lo que se decía. Contaba que sus padres le decían que no tenía que hablar en ese idioma porque no iba a aprender español.

El 9 de julio de 1959, cuando tenía siete años, fuimos a para-je Palmita, en Perugorría, departamento Curuzú Cuatiá. Fue un viaje largo por camino de tierra. Llegamos con un camión del dueño de la tierra. Los más chicos íbamos en la cabina con la carga de bolsas, algunos catres y camas viejas, colchones de lana de oveja y frazadas re viejas. Nos encontramos con un ranchito de techo de paja y pared de barro, y un galpón viejo que casi se caía.

Nos acomodamos así, mis hermanos varones grandes, en el galpón, y los más chicos con mamá y papá en el ranchito. El primer día lo dedicamos a conocer bien el lugar y limpiar alrededor. Papá, con los varones, recorría la chacra y la tierra donde se iba a cultivar tabaco y la sementera³ para que tengamos el sustento del año: maíz, mandioca, batata, maní y la huerta, que con mi mamá nos arreglábamos para que hubiese toda clase de

³ La sementera es el espacio de producción para el sustento básico de una familia. Allí se siembra maíz, batata, poroto, mandioca. La palabra viene de semilla. La sementera es donde se saca la semilla para el cultivo de la siguiente siembra.

verduras. El capataz del campo nos designó algunas vacas que mi mamá y mi papá *amansaron*. Ella tenía mucha destreza para ordeñar vacas. Siempre nos levantábamos muy temprano para hacer fuego, preparar el mate y el desayuno.

A los pocos días de llegar al paraje Palmita, fuimos con papá y mamá, en un carro tirado por caballos mansos que nos prestaron los vecinos, a la escuela del pueblo en Perugorría. Había que recorrer cinco kilómetros. Llegamos y nos anotamos. Éramos seis los hermanos en edad escolar, y yo, con siete años, entré en primer grado. Fue muy lindo, la maestra era una señora mayor, muy sencilla y capaz. El edificio de la escuela era muy lindo, se había hecho durante el plan Quinquenal del gobierno de Perón.

Arrancamos bien. Fui con el cuaderno que comencé en la escuela de Goya. Todos los días íbamos caminando los cinco kilómetros. Cerca del pueblo hay un pequeño arroyo llamado San Pedro, allí pasábamos el agua descalzos y nos poníamos las alpargatas. A la vuelta, para pasar el arroyo nos la volvíamos a sacar y seguíamos sin calzado hasta casa. Recuerdo que había muchas espinas y el camino era de tierra dura. Para cuando calentaba el sol, mamá nos hizo unos sombreros de trapo que nos poníamos cuando salíamos del pueblo, porque teníamos vergüenza de usarlos delante de la gente. Yo me cansaba caminando, pero me gustaba la escuela, escribía la tarea y dibujaba en el cuaderno.

Nos daban los libros de lectura que eran nuestra responsabilidad durante todo el año. Disfrutábamos de leer, mi mamá los arreglaba si estaban muy viejitos y los forraba con diario viejo que pedía a las maestras. Durante el año, papá llevaba siempre a la cooperadora de la escuela bolsas de batata, mandioca y zapallo para poner en la comida que se hacía en el comedor escolar.

En el pueblo de Perugorría había dos escuelas primarias, una era dirigida por el gobierno provincial y la otra, a la que iba-

mos nosotros, por el gobierno nacional. Según era el comentario, en las escuelas nacionales la enseñanza era más adelantada y faltaban menos los maestros. Estas escuelas hechas por Perón eran muy lindas y amplias. Siempre estuve contenta, me gustaba su galería y el patio con juegos. Teníamos recomendaciones de papá y mamá para que no subamos a las hamacas. Obedecimos los primeros años nomás, disfrutábamos de las hamacas y el sube y baja. Salíamos de los salones corriendo para ganar y hamacarnos todo el recreo.

En ese tiempo había huerta para cada salón, que tenía un tablón de verdura. A nosotros, que vivíamos en el campo, nos gustaba, pero los que vivían en el pueblo le tenían asco a la tierra. Había un portero que cuidaba, limpiaba la escuela, y era el primero que llegaba, casi junto con nosotros. Teníamos una hora y media de caminata, salíamos antes de las siete de la mañana para llegar, descansar y entrar a clase a las ocho de la mañana... nos levantábamos muy temprano. Lo que sí, a las ocho de la noche ya nos dormíamos. Mi mamá siempre se adelantaba y hacía la cena cuando bajaba el sol. Mis hermanos mayores se quedaban a hacer la tarea. Usábamos candil de luz, que es una mecha de tela de algodón con una botella de querosén. Y cuando no teníamos querosén, se ponía en un plato un poco de grasa de vaca y con la mecha de algodón se hacía luz. ¡Ja, ja, ja! como nos dabamos maña.

Algunos de mis hermanos mayores no terminaron la escuela primaria, se les hacía difícil porque además, trabajaban en la chacra a la tarde. Eran adolescentes, a veces faltaban debido a la preparación de la tierra que hacían con arado de madera tirado por bueyes, que el dueño de la tierra nos daba. En estas condiciones era imposible que los chicos pudieran terminar. Así, ya en el 62 o 63 algunos dejaron de ir a la escuela. En el año 60 nace mi último hermanito, ya es un perugorriano, y se completó la docena de hermanos. Cuando dejaron de ir mis hermanos más grandes, mi papá tuvo la idea de que

nadie más vaya a la escuela, sobre todo nosotras que éramos mujeres, por el peligro de ir caminando tan lejos. Entonces, iba uno de los dos mayores. que eran los mellizos hijos de mamá. Ella quería que nosotras, las mujeres sobre todo, terminemos la primaria, fue decisión de ella, ya que papá no estaba de acuerdo.

Entonces seguimos y, despacio, fuimos terminando. La que era mayor que yo, repitió uno de los grados, así que fue un año atrás mío. Con mis hermanos terminé el sexto grado en 1965 con trece años, los otros en los años siguientes. Tenía tantas ganas de seguir estudiando, le pedía llorando a mamá que me diera permiso para ir a trabajar de empleada a Goya así podía seguir la escuela. El patrón estaba dispuesto a llevarme y que yo pudiera seguir la escuela. Mi mamá se negó, no quería tener de nuevo la experiencia que tuvo con su primera hija. Ella quería que se criasen juntos todos los hermanos.

Esos años comenzó a estar presente el INTA en la zona, hacía un año que con mi mamá asistíamos a reuniones de capacitación a la mujer rural, aprendíamos a hacer comida con las verduras que producíamos y también pedíamos que nos enseñen a confeccionar las ropas. En la escuela primaria nos enseñaban labores, tanto a las mujeres como a los varones. Mi mamá quería que nosotros aprendamos más técnicas. Asistíamos una vez al mes, yo estaba contentísima, además eso dio pie para que nos compren una máquina de coser. Éramos un grupo de unas dieciséis mujeres chicas, jóvenes y madres. Allí aprendimos a hacer muchas comidas ricas con verduras y a tener en cuenta los valores nutritivos para la alimentación que se necesitaba en el trabajo que hacíamos en el campo, sobre todo los varones. También aprendimos a tener gallinas muy lindas, nos traían las cruces de la exposición que se realizaba en el INTA de Mercedes. Nos reuníamos en la casa de una familia, para mí fue hermosa toda esta época donde mamá nos acompañaba. Para ella también era muy lindo, conversaba con

las vecinas, nos visitábamos, nos prestábamos las herramientas y las mercaderías. Cuando a ellos se les terminaban los comestibles y no tenían tiempo de ir al pueblo, nos dábamos yerba, fideos, harina, grasa. Por ejemplo, con la leche, como en casa siempre ordeñábamos las vacas, venían a buscar.

Mis hermanos jugaban al fútbol con los muchachos de su edad, siempre venían a casa o tenían una cancha de fútbol en el paraje. Mi papá trabajaba mucho con los varones, teníamos hasta seis hectáreas, cuatro de tabaco y el resto, todo sementera, maíz, zapallo, mandioca, batata, maní y una huerta grande. También teníamos muchas gallinas y chanchos. Esto era, en un principio, para el consumo de la familia, y lo que sobraba se llevaba a vender. Siempre usábamos el carro, que era nuestro vehículo para transportar la venta y traer las mercaderías. La carne de vaca se traía cada dos o tres días porque no teníamos heladera.

Más adelante compramos un farol a querosén que se prendía de vez en cuando, sobre todo cuando trabajábamos de noche con el tabaco. Se cosechaba y se traía al galpón, se hacían sartas atando las hojas con hilo de yataí o coco. Se deshilachaba y se hacían tiras para así atar las hojas, ponerlas al sol y secarlas. Se hacían varias hileras de palos, y arriba se ponía alambre de púa. Las hojas son muy pesadas cuando están frescas, pero cuando se van secando, disminuye su peso. Con tiempo de lluvia teníamos que meter todo en el galpón. Mientras las mujeres acarreamos lo más liviano, los varones lo más pesado ¡No se tenía que mojar porque se pierde la calidad! A veces, en la madrugada nos levantábamos para entrar la cosecha y prendíamos el farol. ¡Cuántas veces tuvimos que hacer esto! Todos nos levantábamos a trabajar, sea la hora que sea, y ya no nos dormíamos; hacíamos tortas fritas, íbamos a ordeñar las vacas y, si seguía lloviendo, nadie iba a la escuela. Los muchachos se iban a cazar por el campo con papá, traían

vizcacha, liebre o guasuncho⁴ para comer. A papá le gustaba andar por el campo, si estaba cansado se quedaba a arreglar las herramientas. Y si al otro día salía el sol, se tenía que volver a sacar todo el tabaco afuera para que se siga secando.

La relación con los vecinos era muy buena, mis hermanos compartían con los jóvenes de nuestra edad. Una vez al mes venía a Perugorria, el sacerdote padre Zini (*Pai* Julián Zini), siempre concurríamos, ya que habíamos tomado la primera comunión en la capilla de Perugorria. Anteriormente, el obispo estaba en Corrientes Capital, pero nos enteramos que habían nombrado un obispo en la diócesis y que estaría en la ciudad de Goya; se llamaba Alberto Devoto y lo conocimos cuando visitó el pueblo. Me gustaba escuchar cuando hablaba porque yo quería entender el sentido de ser cristiano, para qué nos podría servir a nosotros, que con tanto sacrificio íbamos a misa.

El padre Zini era muy abierto al diálogo y, rápidamente, se hizo amigo de la familia. Cantaba y tocaba la guitarra, después de la misa nos quedábamos a escucharlo. Sabía muchas poesías que él mismo componía. Con su canto nos mostraba que las personas muy pobres del pueblo necesitaban nuestra atención, nos proponía que mirásemos la vida de soledad, y la falta de atención de las autoridades. Lo escuchábamos en las composiciones "A los hermanos Romero", "Camba Cárida". ¡Qué hermoso!, nos hacía pensar mientras conversaba con mamá y papá. Tenía unos amigos (familia Vallejos) que desde la ciudad de Curuzú Cuatía lo llevaban al campo y nos visitaba. Compartía la mesa con nosotros y, de vez en cuando, celebraba misa en las casas de las familias del paraje Palmita. También nos visitaba el obispo Alberto Devoto y celebraba misas que se hacían en la capillita Itatí,

⁴ Es un venado típico de la zona. La palabra es de origen guaraní.

que era de una familia en la entrada del paraje. De este modo, los sacerdotes fueron conociendo cómo se vivía en el campo.

Ya en el año 1967 o 68, una familia ofreció su casa para que se comience la construcción del centro de alfabetización. El Obispo entendió la necesidad que teníamos muchos adolescentes que no podíamos terminar la escuela primaria ya que teníamos que trabajar en las chacras familiares con el cultivo del tabaco. Se fue conformando una idea de la importancia de la educación.

Vino al centro de alfabetización un maestro que era pagado por la diócesis de Goya. Llegó a vivir con la familia y le prestaban una casa en el mismo lugar. Las familias del paraje plantearon que hacía falta una escuela primaria, los padres presentaron el proyecto y se realizó un censo de los chicos que tenían edad escolar. Yo estaba entrando en la adolescencia y recuerdo que muchos padres, preocupados por la falta de escuela, se movieron junto con el maestro y buscaron que alguien done el terreno para la edificación.

Papá y mamá encararon al dueño del campo donde trabajábamos, y dio la casualidad que era una familia muy amiga del monseñor Devoto. Donaron el terreno cerca de mi casa. El obispo consiguió el dinero para los materiales a través de un proyecto de los cristianos de Alemania. Se construyó con ayuda de los vecinos y, sobre todo, de mis hermanos que dedicaban tiempo para pasar los materiales. Mi mamá junto con las chicas construyeron el jardín, y los jóvenes plantaron árboles. También construyeron una cancha de fútbol. En esta escuela se reunían las familias los domingos para programar las fiestas que se hacían para ayudar con la cooperadora. Se formó una comisión y mi papá era el tesorero. Increíble, él no sabía leer, pero atendía la cantina de la cooperadora, hacía las cuentas de memoria y no se equivocaba, ¡era admirable! El maestro y los jóvenes ayudaban.

Ya en el 68, yo tenía 16 años, junto con mi hermano *Tonito* (unos de los mellizos) integramos los grupos rurales que fun-

cionaban en el área de las zonas tabacaleras. Había mucho tabú con que las chicas salgan sin la compañía de la familia, pero con mi hermana y mi mamá siempre íbamos a visitar a las familias. También nos visitaba la monjita misionera extranjera, que vino a vivir en el pueblo junto con el padre Zini, ella era enfermera.

En mi experiencia desde muy joven con las capacitaciones en los grupos rurales conocí a muchos jóvenes de distintas colonias. Recibíamos visitas de otras provincias como Santa Fe, Chaco, Entre Ríos, Formosa, Misiones y países limítrofes. El Movimiento Rural de Acción Católica se formó en Goya con catequistas y maestros rurales. Una de ellas, Coca Morelo, vino a mi casa a pedir que participe de los encuentros de grupos de jóvenes rurales, a los que iba con mi hermano *Tonito*. Para mí fue muy importante todo esto, lo tomé con gran responsabilidad y convicción.

Me movilizaba pensar lo importante que era comunicarse, cambiar la situación de aislamiento que vivíamos los campesinos. A través de la radio de Goya nos avisaban de las reuniones que teníamos en distintos lugares, y también nos enterábamos cuando iban a venir a dar las celebraciones de catequesis en la zona. Organizábamos fogones criollos donde participaban las familias, y usábamos la escuela para esto. Muy lindo era lo que vivíamos, tanto para la Navidad como para las fiestas de Semana Santa. Para Pascua, por ejemplo, preparábamos fogones donde se hacían todas las distintas demostraciones del Vía Crucis. Pasábamos tanto folclore como la música de nuestra provincia: el chamamé. Con mi hermano *Tonito* hacíamos la "Celebración de la palabra", teníamos la *Biblia Latinoamericana*. Esa fue nuestra primera toma de conciencia, reconociendo que nosotros mismos podíamos pensar lo que leíamos.

Los jóvenes nos respetábamos mucho. Las madres nos mandaban y nos organizábamos para las fiestas, nos vestíamos con los vestidos adecuados para los bailes. Nosotros, que teníamos

las máquinas, preparábamos polleras largas con flores aplicadas o con volados de todos los colores. No sé cómo nos la ingeniábamos, conseguíamos retazos que mi hermana nos traía de Buenos Aires y mamá los tenía guardados. Esto posibilitaba cultivar la amistad y la solidaridad, ver al otro como igual y ayudarnos en todo. Conocíamos a cada familia, entre los jóvenes nos ayudábamos y también nos enamorábamos. Con respeto se formaban parejas y festejábamos los cumpleaños. Cuando se comprometían en matrimonio, se hacía una fiesta que la brindaban los padres de la novia.

Así descubrí que me gustaba la música y bailar. Solamente aprendí a bailar chamamé, el folclore me gusta escucharlo: Cafrune, José Larralde, Los Fronterizos, Los Chalchaleros, Horacio Guarani sonaban en la radio; en este tiempo se difundía mucho folclore. También en la iglesia comenzaron a darle importancia a los instrumentos musicales, como la guitarra.

Cuando se inauguró la escuela del paraje Palmita, el maestro que organizó la fiesta se atrasó porque tuvimos un gran problema. Era un verano con viento norte y mucha seca, no sé cuánto meses hacía que no llovía. La cosecha de tabaco estaba casi toda en el galpón de este vecino, que era el capataz del campo donde vivíamos. No sé qué pasó, pero cuando se dieron cuenta empezó a quemarse la casa, el viento era tan fuerte que no se pudo controlar. El fuego se fue al galpón del tabaco, no pudieron salvar nada. Tuvimos que ubicar a la familia en la escuela que ya estaba terminada. Esta desgracia ayudó a hermanarnos más. En poco tiempo se hizo otra casa, el dueño del campo les dio los materiales, los vecinos se reunieron y los ayudaron a construir. Cuando tenían que empezar las clases, se realizó la fiesta de inauguración, fue muy lindo y todos contentos por tener la escuela cerca de mi casa.

El maestro duró poco porque su esposa no se hallaba, era una chica de ciudad y venía de otra provincia, por lo que tuvo

que renunciar. Mis hermanos y los muchachos quedaron muy tristes porque se habían hecho muy amigos de este maestro. Fue nombrada una maestra que venía en sulky todos los días acompañada por una Hermana. Mamá limpiaba la escuela y quedaba encargada de la llave. Todo esto siempre se hizo *ad honorem*, nunca recibió un sueldo, con gusto yo la ayudaba a compartir porque era muy solidaria.

Al comienzo de la década del 70, comenzamos con los Grupos Rurales a ver la realidad en que vivíamos. En los cursos que continuamente teníamos a nivel zonal y el área tabacalera de Corrientes, empezamos a conocer a quienes nos gobernaban. Siempre estaba monseñor Devoto que nos hacía ver que teníamos muchos derechos y que había que tomar conciencia. Para todos los jóvenes que estuvimos en contacto con la diócesis de Goya, la palabra de este Obispo fue la base de nuestro compromiso de transformar la realidad.

Para mí fueron una luz brillante todas las vivencias en los encuentros, conocer a otros jóvenes que estaban trabajando de la misma manera en las capillas de las comunidades, tan lejanas de toda corrupción. Hacíamos las cosas sin pensar en nuestros derechos, si bien el trabajo del tabaco es familiar, nos dábamos cuenta que no teníamos descanso. En muchos casos no éramos dueños de nada. Nuestros padres dejaban la vida, llegaba fin de año y teníamos que comenzar otra vez.

En los cursos, trabajábamos en base al método de Paulo Freire: ver, jugar, actuar. Fuimos descubriendo nuestra realidad, despertamos. En nuestras casas teníamos problemas porque para poder ir a los talleres había que dejar el trabajo varios días, era un conflicto con nuestros padres. Ayudaba mucho que los sacerdotes y las monjas ya eran amigos y les hablaban a las familias. En casa, el más problemático era papá. Cuando teníamos que salir, trabajábamos más horas para ganarle la voluntad. Yo le avisaba si tenía una reunión, nunca

le mentíamos, le contábamos la verdad. Salía de madrugada para tomar el colectivo cuando era muy oscuro; tenía miedo, pero mis ganas de ir a los encuentros era más fuerte y no quería faltar. Lo sentía como un gran compromiso. Nos devolvían el pasaje, a veces me prestaban dinero y así me la ingeniaba para concurrir y no faltar.

En esta época, yo tenía dieciocho años y todavía no había votado porque estaban en el poder los militares, primero Onganía y luego Lanusse. Este último se "hizo" el democrático y vino a Goya, creo que en el 71. Convocaron a todos los campesinos para recibirlo en la Municipalidad. En ese tiempo, la Asociación de Plantadores de Tabaco, se reunió para hacer petitorios sobre los problemas que se sufrían en el campo. Los militantes de los partidos políticos alentaban. Dirigió y leyó un petitorio, que fue bastante fuerte, un dirigente del partido Justicialista: Víctor Fernández. Nosotros fuimos en camión, no recuerdo cuántos, pero en total dijeron que se llegó a cinco mil campesinos. Hicimos bajar a las autoridades del gobierno de facto para que escuchen el petitorio. Esa fue la primera vez que se entregó un reclamo a las autoridades. Querían hacer campaña para quedarse, pero no les salió bien.

A partir de allí, se trabajó en todas las colonias, con reuniones y preguntando sobre lo que era más importante en cada lugar. Se elegían cuatro delegados, dos mujeres y dos varones. Todos los jóvenes nos dedicamos de lleno a organizar las colonias. Los sacerdotes, como el padre Jorge Torre en la zona de Goya, nos ayudaban y el obispado nos apoyaba; en Perugorria colaboraba el padre Zini. Yo viví las primeras reuniones en el paraje Palmita con la presencia de un integrante de la Asociación de Plantadores de Tabaco. La sede de las reuniones fue siempre la Escuela, que hacía varios años que funcionaba. La maestra nunca se opuso, no hacía falta que andemos casa por casa ya que los vecinos nos avisábamos.

En 1971, mi papá consiguió que le dieran un crédito para comprar un campito de veinte hectáreas en el paraje Vaca Paso, al este del pueblo de Perugorria. Para ese año ya habían formado su familia cuatro de mis hermanos. Ellos se quedaron en el paraje Palmita. También mi hermano *Tonito* se quedó porque tenía una propuesta de trabajar en horticultura con Sergio Tomasella, sobrino del dueño del campo donde vivíamos y muy amigo del obispo Devoto. Ellos se alojaron en la escuelita mientras hacían un ranchito con el permiso de la directora y el obispo.

Ese año yo fui con mis seis hermanos a este nuevo lugar. Como siempre, había que comenzar de nuevo con todo, con la diferencia de que el lugar ya era nuestro, era otra cosa. Plantar muchos naranjos, limpiar dejando los árboles que dan sombras, arar la tierra para sembrar y el tabaco que era para comercializar. De nuevo conocer a los vecinos.

Era un lugar muy lindo, aunque la tierra era muy dura, negra y pedrosa, el camino... feo, sobre todo cuando llovía. Un arroyo lleva el nombre del paraje: Vaca Paso. Llovía bastante y todo el agua desembocaba en este arroyo que se llenaba, y por un día no se podía pasar. Igual nosotros estábamos contentos porque quedaba más cerca del pueblo. Seguíamos teniendo el carrito para traer las mercaderías. Esos años fueron especiales. Apenas llegamos, comenzamos con el trabajo de preparación de reunión en la comunidad para que este paraje también tenga sus delegados. Fueron años de mucho movimiento.

En toda el área tabacalera había entre 15 y 16 mil familias. Todos los propietarios, tanto chicos, como medianos o grandes tenían en el campo familias trabajando, en la mayoría sin contrato de aparcería, eran como ocupantes gratuitos. Les daban de palabra varias hectáreas de tierra para trabajar. Era negocio tener chacreros porque les sacaban del 30 al 50 por ciento del producto o dinero. Como el ambiente de los reclamos se

ponía cada vez más necesario, el 29 de enero se preparaba una gran asamblea a la que se invitarían a las autoridades. Para eso se prepararon varios puntos a discutir en las colonias. En una de estas reuniones, los productores me eligieron como delegada del paraje Vaca Paso junto a tres compañeros más. También en Palmita, donde estaban mis hermanos, *Tonito* era uno de los delegados. Las chicas de las colonias sí o sí tenían su participación. Además mi hermano y yo éramos los que teníamos que presentar los problemas discutidos en la zona. Ese 29 de enero los dos fuimos los oradores por parte de nuestro departamento, así como de las otras colonias de los departamentos de Goya, Lavalle, Esquina, San Roque y Curuzú Cuatiá. Yo era muy tímida y me costaba hablar en público, me costó muchísimo. Presenté ante las autoridades los problemas de educación; y *Tonito*, el problema de los caminos y la comercialización del tabaco. Junté mucho coraje, era una cuestión de dignidad que fuimos descubriendo en todos esos años. Mi hermano también estuvo muy bien, hizo uso de la palabra en Santa Lucía, Departamento Lavalle. ¡Fue tan hermoso ver miles de campesinos llenar la plaza!, fue la segunda vez que vivíamos esto. Muy lindo, ver y sentir como campesino que estábamos de pie dispuestos a defender nuestra dignidad. Volvimos con mucho ánimo, teníamos la esperanza de que pudiéramos cambiar nuestra situación, que nuestro producto, el tabaco, podía valer más.

En Goya ya había varias empresas que compraban el tabaco, todas relacionadas con los propietarios de los campos de la zona. Además los propietarios, o patrones, le compraban el tabaco a los pequeños productores pero los obligaban a comprar sus necesidades básicas a un bolichero con el que tenía un arreglo especial. Al final del año no le quedaba nada o, en el peor de los casos, quedaban con deudas con los bolicheros. Por eso, el *Pai* Julián Zini hizo este chamamé que dice así:

Sudor tabacalero

Trece meses tiene el año
del sudor tabacalero
y es un largo desengaño
que te dura el año entero.

De qué sirve la llovida
si el patrón y el bolichero
te hicieron ahogar en vino
tu esperanza de aparcerero.

De qué sirve la llovida
de tanta y tantas promesas
si el tabacal de tu vida
se aponchó con la pobreza.

Estríbillo

Pero no te aflijas compañero
que el sudor tabacalero
se hizo río y temporal
y en la noche que termina
hecha furia campesina
va a estallar
para bien o para mal
va a estallar.

La verdad que era hermoso poder escucharlo al padre Zini. Estaba siempre en nuestras reuniones y le hacíamos cantar y recitar sus poemas que nos permitían pensar y reflexionar. Era muy amigo de mis padres y muy compinche de mi hermano *Tonito*. Venía a casa y cosechaba tabaco con nosotros, allí me di cuenta del compromiso de estos curas que eran del Movimiento para el Tercer Mundo. En mi provincia nosotros pudimos conocer a estos sacerdotes con sus predicaciones. En Perugorriá siempre había encuentros de reflexión sobre la realidad política social de la provincia y el país, y también latinoamericana.

Esta idea la llevábamos adelante con algunos dirigentes políticos y un cura para el tercer mundo que era el padre Miguel Ramondetti, un sacerdote obrero que vivía en el barrio San Ramón, en Goya. Eso era muy elevado para mí, había cosas que no entendía, porque como campesina, creo que no llegaba a tener la suficiente preparación intelectual. Muchos análisis que se hacían en ese tiempo no los llegaba a entender, además, era tan joven... En ese tiempo ya había una casa en la parroquia de Perugorría en la que estaban viviendo dos monjas más de la congregación de Misioneras Extranjeras.

Volviendo a la segunda concentración del 29 de enero de 1972, yo comencé a trabajar continuamente en ser delegada junto con otros tres productores del paraje Vaca Paso. En el Chaco ya se habían organizado como Cabildo Abierto de Ligas Agrarias. Entonces nosotros también, en esta gran asamblea, nos adherimos a construir las Ligas Agrarias Correntinas, ya que necesitábamos identificarnos con el mismo nombre formando una red en el noreste argentino. Allí fuimos desembocando toda esa camada de jóvenes que nos estábamos capacitando en la juventud de la iglesia católica. Fue muy fuerte toda esa formación en lo social, lo político, educativo y religioso; era integral. Asentado en un trabajo de concientización con las familias para su desarrollo en todo sentido. En las asambleas de delegados que se realizaban en la ciudad de Goya, llevábamos las inquietudes de los parajes, y en las asambleas confirmaban todos los reclamos sentidos por las familias.

A los jóvenes nos absorbía este trabajo de convencer. Era importante reunirse, disentir, pensar, como se iba a llevar adelante los principales reclamos, que eran:

- Clasificación en tres clases en la comercialización del tabaco
- Construcción de nuevas escuelas y arreglos
- Arreglo de caminos (asfalto de rutas)

- Pago del tabaco al contado
- Precio del tabaco fijado con participación de los productores
- Expropiación de las tierras improductivas
- Reforma agraria

De las 15 a 16 mil familias tabacaleras, el 70 por ciento, eran aparceras y entregábamos un importante porcentaje del producto, entre el 30 y el 50 por ciento. Cómo no éramos dueños de la tierra, pedíamos que "la tierra sea para quien la trabaje". Con ese tema se llevó adelante la campaña política de los sectores populares, del peronismo principalmente, pero eso fue presionado por el trabajo en las Ligas Agrarias. Era un movimiento en que estaban todos los partidos, por eso cuando Víctor Fernández, que era dirigente del Justicialismo, realizó manifestaciones partidarias, fue sacado. Habíamos creado un reglamento que decía que los integrantes de la comisión central y delegados no tenían que ser dirigentes ni candidatos de ningún partido político.

La estructura de las Ligas Agrarias Correntinas se conformaba de una Comisión Central, una Asamblea de Delegados y Asamblea de Colonias o Parajes.

Cuando se estructuró, en reemplazo de Víctor Fernández fue nombrado Sergio Walter Tomasella por una asamblea de delegados, hasta que se hiciera un Congreso que se venía programando. Fuimos nombrados un grupo de campesinos en una comisión central de la cual yo era una de las mujeres delegadas. Con esta responsabilidad, viajaba muy a menudo a la ciudad de Goya. En una oportunidad, todavía estaba al mando del gobierno nacional el militar Lanusse, el gobernador de la provincia de Corrientes, Adolfo Navajas Artaza, tratando de quedar bien con las zonas tabacaleras, nos dió una audiencia en la Capital, y puso un avión de la gobernación. Nosotros, que nada sabíamos de viajes en las alturas, acepta-

mos volar allá arriba. Una de las compañeras se descompuso y comenzó a vomitar. Estas son algunas de las anécdotas que fueron para risa nuestra, además del susto que nos causó. Finalmente, nos recibió el gobernador Narvaja.

La huelga tabacalera de 1972-1973

A principio de año comenzamos a estudiar el costo de producción para tener idea de cuánto se podía pedir por el kilo de tabaco. De esta tarea se ocupó el grupo del Movimiento Rural que estaba continuamente en la ciudad de Goya, aunque la comisión central era la que discutía con las decisiones tomadas en las asamblea de delegados.

El sostén económico del Movimiento Rural se hacía a través del obispado de Goya, y el padre Jorge Torre estaba como asesor espiritual de las Ligas. Puedo dar fe del trabajo con gran convicción de estos jóvenes rurales. Profesionales como el ingeniero Carlos Carballo que se sumó más tarde, o de varios abogados.

Con la CGT se hizo una red de defensa en este desafío que fue la huelga tabacalera. Consistió en la no-entrega del tabaco hasta que hubiese un acuerdo de aumento de precio con el Gobierno y las empresas que comercializaban en toda el área. Fueron treinta y ocho días de movilización y reuniones en las colonias para que se tome conciencia y no se abra el acopio en el campo.

Se trabajó en las comunidades a través de las parroquias, que eran el sostén espiritual en las colonias, con programas de reuniones con los acopiadores de las empresas, los sindicatos y los barrios. Las comisiones vecinales de los barrios de Goya se unieron para juntar mercadería y repartir en el campo para que los tabacaleros tuviesen comida y no entregasen la cosecha presionados por el patrón. La huelga no hubiera tenido éxito si no fuera por esta red de ayuda que tuvo del pueblo de

Goya. Conjuntamente, se declaró una huelga de hambre que se instaló en la Catedral, todo con el apoyo incondicional del monseñor Devoto, el obispo de los pobres.

En la huelga de hambre participaron mi hermano *Tonito* y la monjita que vivía en Perugorria, Ivonne Pierrón, que era enfermera. Fue una de las hermanas que me ayudó a comprender muchas cosas con respecto a mis padres. Ella fue mi guía desde mi adolescencia y en mi juventud. La acompañaba a visitar a los enfermos en los parajes, caminando con su convicción de amor a los demás y con el compromiso de acompañarnos en todo.

A los partidos políticos se les pedía que se expidan sobre esta situación, estaban en campaña. El que gritaba más fuerte a favor era el justicialismo, ya que tuvo que poner en su plataforma "la tierra para quien la trabaja".

Las concentraciones que se realizaban consistían en pedir a los futuros gobernantes, principalmente, que el precio del tabaco estuviese acorde al costo de producción y clasificado en dos clases para la comercialización, y que el pago sea al contado tanto por parte de la empresa como del gobierno.

Se convocó a los candidatos del Justicialismo para que le expliquen a los agricultores su plataforma, en una asamblea en el club Juventud Unida de Goya, en la zona norte. Venían los contingentes en colectivos y en camionetas, los detuvo la policía caminera. Allí detuvieron a Sergio Tomaselli, el secretario general, y a algunos delegados que buscaban destrabar para que los dejaran pasar. Mientras tanto, iban llegando de la zona sur, este y de Curuzú Cuatiá. Estaba lleno el galpón del club, no recuerdo la cantidad. En esos momentos llegó un compañero del Movimiento Rural y avisó sobre los que estaban detenidos. La asamblea puso como condición que Julio Romero, candidato del Justicialismo, se ocupara de que les dieran la libertad, sino no se comenzaría. Así, los delegados y el Secretario General salieron en libertad gracias a la asamblea.

Este candidato se destacaba por su demagogia y su populismo, era un integrante de la oligarquía terrateniente, pariente de los Romero Feris del Pacto Liberal Autonomista. El peronismo de derecha, populista y con palabras de justicia, pero que en definitiva se sumó para dar el golpe de estado en 1976. En las elecciones de fines de 1973, ganó por primera vez el Justicialismo en toda la provincia. Había muchos compañeros que estaban entusiasmados con que haya ganado este señor porque había promesas de por medio.

En este ambiente de lucha y muy elevada combatividad se produjo un intento de desalojo de cuarenta y ocho familias, radicadas en 510 hectáreas que eran propiedad del señor Salvador D'Anna, en la zona de Ifrán, en el departamento de Goya. Ellos se dedicaban principalmente al cultivo del tabaco. La mayoría de las familias estaban radicadas en la zona desde hacía más de cuarenta años. Frente al intento de desalojo, las familias se unieron y de común acuerdo resolvieron resistir rodeando el campo y cuidando todas las tranqueras para que no entren a desalojarlos. Defendían el campo con guardia armada, ya que era la única forma que los respeten. Aunque no se produjo ningún enfrentamiento violento, debían cuidarse para hacer notar que ellos eran dueños de la tierra. Mientras tanto, los delegados junto con la comisión central de las Ligas Agrarias plantearon a la Cámara de Diputados y Senadores de la Provincia que se discuta la expropiación de las tierras del Estado provincial, para entregar luego a los productores. Este hecho conmocionó a los sectores económicos y políticos de la provincia, fue discutido en varias sesiones y la posición de los partidos políticos fue la defensa de la propiedad privada, aunque se resolvió la expropiación en la Cámara de Diputados a favor nuestro.

Al llegar a la Cámara de Senadores fue rechazado, pusieron de manifiesto que este proyecto no se ajustaba a los principios constitucionales y legales, "que era un ataque a un derecho

particular establecido en la Constitución", que este problema no podía ser resuelto a través de un proyecto legislativo, sino por medio de un acuerdo con el propietario y sus aparceros.

Al final, los campesinos acorralados por esta situación, y sin poder confiar en los gobernantes que habían votado, acordaron con el dueño comprarle el terreno. La posición de los representantes del gobierno en ambas cámaras chocó con leyes difíciles de cambiar. El campesino tenía ansias de que su situación cambie, pero se encontraba con estructuras que no lo dejaban soñar con ser dueños de su tierra. De igual forma se dio en el campo La Cucucha, al sur del departamento Goya, con demagogia y engaño. Los campesinos que pertenecían al sector político crearon otra organización que se llamó *Movimiento Agrario Correntino* (MAC), paralelo a las Ligas Agrarias Correntinas.

Ya en ese tiempo, a los delegados nos difundían por la radio y, a los propios compañeros, los calificaban de subversivos. Para realizar las reuniones de delegados le teníamos que avisar a la policía varios días antes.

En esos años la cosecha, gracias a la huelga, se vendió en dos clases y con un precio mayor a los años anteriores. Se compraron treinta tractores que se entregaron a grupos de consorcios formados, en varios casos, por las Ligas Agrarias, otros campesinos que pertenecían a los grupos políticos y a las municipalidades, y también al grupo que era de la Asociación de Plantadores de Tabaco. Esto fue gracias a las luchas de las Ligas Agrarias y del pueblo de Goya. Los aumentos que se daban a la producción vendida siempre fueron pagados con este fondo que se recaudó con el impuesto atado del cigarrillo que se vende en el país y se reparte entre las provincias tabacaleras. El agricultor no intervenía ni decidía en esta cuestión. Lo mismo pasaba con el *Instituto Provincial del Tabaco* (IPT).

A fines del 1973, las Ligas Agrarias Correntinas realizamos el Primer Congreso en la ciudad de Goya. Participé junto a

los demás delegados representando a mi paraje. En esta oportunidad se eligió nuevo Secretario General, un joven campesino del paraje San Ramón del Bajo, departamento de Goya. Se llamaba Pedro Pablo Romero, un compañero militante del Movimiento Rural formado en los cursos de capacitación de Jóvenes Campesinos. En este Congreso, se profundizaron varios temas para el desarrollo de las familias campesinas, entre ellos, la tenencia de la tierra y los aumentos directos para el productor de tabaco.

En los años siguientes, los patrones, dueños de grandes extensiones de tierra, empezaron a manifestar su disconformidad por los logros que empezaban a conseguir las familias campesinas y porque los aumentos que se conseguían para la producción de tabaco solo beneficiaba a los pequeños productores. En muchos casos, el que trabajaba directamente la tierra hizo su boleta cosechera⁵, para ser beneficiarios de los aumentos que otorgaba el estado. Había mucha avivada de los dueños, ya que generalmente la boleta cosechera se la quedaba el patrón cuando negociaba trabajo con los pequeños productores y estos no podían acceder directamente a los beneficios que otorgaba el Estado.

Los logros de las luchas campesinas empezaron a remover toda la estructura impulsada por los grandes y medianos propietarios en donde muchas familias no figuraban como agricultores, ya que los patrones se quedaban con la boleta cosechera de las familias productoras o con su dinero al obligarlos a comprar a un solo bolichero. Estos avances trajeron mucha discusión en el sector. De todos modos, los propietarios que tenían aparceros en el campo, ya sean estancieros o chicos, hicieron la

⁵ Identificación del Instituto Provincial del Tabaco que acredita como productor tabacalero. Esta identificación permitía acceder a los beneficios del Estado.

diferencia y se sufrió una discriminación. Se agudizó la discusión sobre la tenencia de la tierra y comenzó a difundirse una de las leyes que –creo–, en ese tiempo ya estaba: la ley veinteñal en la que el productor podía ser dueño de la tierra cuando se cumplían veinte años produciendo en el mismo lugar.

Entre 1974 y 1975 se agudizó la persecución

Para las reuniones de delegados teníamos que avisar a la policía. En las colonias éramos amenazados. Otros, que eran patrones, ya no concurrían. Los que estaban ligados a la Asociación de Plantadores de Tabaco se desanimaban de seguir reuniéndose.

Los grupos de productores formaron consorcios para que el tractor que se les entregó pudiendo servir a la mayoría que se organizaba. Era muy lindo ver cómo los vecinos se ponían de acuerdo para ayudarse a medir la tierra arada. En las reuniones de colonias, ponían el precio por hectárea, era hora de sacar el precio con las medidas de superficie. A veces se animaba mucho la discusión porque todos estaban apurados para preparar la tierra para sembrar, pero siempre había acuerdo. Esta experiencia fue muy linda. En mi zona participaban mis hermanos, en otras, los compañeros: mi hermano *Tonito*, don Pantaleón Romero y Sergio Tomasella. Estas maquinarias nos ayudaron a darnos cuenta que era menos cansador que arar con caballo o bueyes. Todos aprendimos a manejarlas, también las usábamos para ir a manifestaciones: poníamos un acoplado para llevar los compañeros. Era el único vehículo que teníamos.

La lucha por la escuela en el paraje Vaca Paso

A fines de 1972, a partir del contacto fluido que teníamos los vecinos del paraje, surgió la necesidad de pedir una escuela más cerca de la población. Para llegar a la escuela, los chicos

tenían que caminar casi cinco kilómetros desde el fondo del paraje. Los padres averiguaron si podía ser posible construir una más cerca; les respondieron que sí, pero que tenían que buscar un terreno.

Las reuniones de las Ligas de Vaca Paso se hacían en mi casa. Mi papá, que siempre participaba, ofreció una hectárea. Contentos todos, se presentó al Consejo de Educación, y pedimos que la maestra que estaba trabajando viniera a dar clase. Mientras tanto, en el galpón de mi casa, que se usaba para la cosecha del tabaco, se daba clase a los niños.

Entre todos comenzamos a limpiar el terreno y a edificar un rancho de paja y barro, a conseguir sillas y bancos de otras escuelas del pueblo de Perugorría. Como la maestra que estaba nombrada se negó a venir al lugar que estábamos construyendo, se ofrecieron a dar clases las hermanas misioneras extranjeras. Permanecieron hasta el golpe de estado del 24 de marzo de 1976.

La detención de Sergio Tomasella

En esta época, a mediados de 1974, me puse en pareja con el compañero Sergio Tomasella. La convivencia de varios años, en los que estuvimos yendo y viniendo, de reunión en reunión, permitió que las relaciones entre distintos compañeros llegaran a ser como una gran familia. Se formaron varias parejas, como la de Sergio conmigo. Era curioso, porque los que estábamos en esta lucha sabíamos que no podíamos elegir cualquier compañero, ya que nuestra vida era especial, andando por todos lados, dialogando y en reuniones horas y horas. A la hora de formar una pareja y pensar en una familia, se nos hacía difícil imaginar con quién. Cada uno era exquisito a la hora de decidir, en el caso de Sergio y yo, sabíamos que andábamos en lo mismo y estábamos seguros que era hermoso

lo que hacíamos, mejorar las condiciones de la situación del campo. Así nos enamoramos.

Esta felicidad duró pocos meses. El 28 de noviembre fueron a buscar a Sergio en su casa de paraje Palmita, en Perugorria. Él trabajaba con mi hermano *Tonito* en la chacra, plantando tabaco y en la huerta en general. Fueron con una orden de la Policía Federal, acompañados con policía de la provincia, diciéndole que estaba detenido por averiguación de antecedentes. Él vivía con una hermana, que era separada y tenía tres niños, y su mamá que siempre lo acompañaba. En un principio, dormía en la escuelita de Palmita, y luego, a pocos metros, construyeron un rancho con mi hermano *Tonito*, porque eran socios de la chacra. Los tres sobrinos de Sergio, junto a su mamá doña Elena, salieron a recibir a estos señores que iban a buscar a Sergio. Él se vistió y se despidió de sus sobrinos, Santiago, Iván y Leonardo. Yo me enteré a eso de las cinco de la tarde. Aunque tenía prohibido por mis compañeros irme a Palmita para constatar si era verdad lo que estaba pasando, desobedecí y atravesé los campos hasta que llegué.

La mamá de Sergio viajó a Goya con los chicos para comunicar a la Comisión Central de las Ligas Agrarias y a monseñor Devoto. Recién a los ocho días le comunicaron que estaba detenido en la Unidad 7 de la ciudad de Resistencia, Chaco. Con ella, fuimos a visitarlo a la cárcel. Allí nos encontramos con otros familiares, a los que les sucedía lo mismo, eran quince militantes de la provincia de Chaco y Corrientes a quienes no se les daba ninguna explicación sobre la detención. Con Sergio hablábamos sobre el alto riesgo que traía nuestra lucha, sabíamos que había un poder que se oponía a los derechos de los campesinos. Nuestro compromiso con los demás lo tomé a través de las cosas que fui aprendiendo de leer la vida de Cristo en la Biblia, y también guiada por los pastores que fueron los Sacerdotes para el Tercer Mundo, lo que nos decía monseñor Devoto. Ya se sentía esa prohibición a todo

lo que era el proyecto de cambio que se gestaba en el campo y en las ideas de los jóvenes. En ese momento tenía veintidós años, aún inocente de muchas cosas de la historia del país, con la vida de cambio que también estaba gestando en la propia Iglesia. Conocía lo que el papa Juan XXIII decía en las nuevas encíclicas y los grupos cristianos que estaban trabajando con los campesinos en América Latina. Yo lo asumía con gran valentía, quería que nuestras vidas en el campo cambien y que, junto con Sergio, podamos ayudar al esclarecimiento, a la toma de conciencia y a la organización, que podamos ser una familia más trabajando en el campo.

En la zona nos seguíamos reuniendo, yo pasé a ayudar en la chacra a mi hermano y a la mamá de Sergio. Pensábamos casarnos el 12 de diciembre de 1974, teníamos la fecha y estábamos haciendo los trámites ante el civil y programando el casorio por la Iglesia. También con los sacerdotes, que eran nuestros compañeros de lucha. Queríamos hacer lo más sencillo posible, incluso una ceremonia con los familiares, sin fiesta. Todo esto fue pospuesto, yendo y viniendo de la cárcel a la chacra, consiguiendo el dinero para viajar y para llevarle las cosas que él necesitaba. Era ir y esperar la hora para entrar. Requisaban todo lo que llevábamos, no nos dejaban pasarle ropa, o había una guardia mala y nos decía cosas que no vienen al caso. Hasta una vez fui a dedo, cuando le dije a Sergio se enojó y me dijo que no era conveniente que viaje de esa forma.

Mi secuestro en septiembre de 1975

En septiembre, para el día del Agricultor, organizamos en todas las colonias ollas populares porque no nos pagaban el sobreprecio del tabaco vendido ese año. El acopio siempre se hace desde el mes de marzo o abril, hasta junio o julio. Estábamos plantando la nueva cosecha y todavía no nos habían pagado lo

que habíamos vendido. Nosotros, en Peruggorria, organizamos ollas en el costado de la ruta y parábamos a los vehículos, entregándole una explicación de la situación. Así también en las otras zonas de Goya y Lavalle.

Declarábamos día de protesta el 8 de septiembre, día del Agricultor, y no día de fiesta, ya que en Colonia Carolina había fiesta y venía el gobernador y demás autoridades. Este día salió todo bien, almorzamos al costado de la ruta y por altoparlante pasábamos música y explicábamos la situación. Yo iba y venía del paraje Palmita al paraje Vaca Paso, ya que estaba cumpliendo como delegada trabajando en la chacra de Sergio desde la detención. En todas las manifestaciones se pedía por su libertad.

En un primer momento, los sectores del peronismo ligado a la Iglesia no quisieron aceptar incluir en el petitorio la libertad de Sergio. Tenía experiencia militante anterior en la CGT de los Argentinos, como peronista en los grupos más radicalizados que criticaban las actitudes de la cúpula partidaria en el sector obrero de Buenos Aires. Además, él era partidario de que los cambios tenían que darse a través de la concientización del pueblo. Se creía que la represión se iba a dar a los militantes que criticaban mucho nomás.

El 15 de septiembre, un grupo desconocido llegó a la casa de mis padres a las diez de la noche. Anteriormente habían pasado por la escolita de Vaca Paso donde vivían dos monjas, una de ellas era la hermana *Caty* (Alicia Dumont). Les dijeron que del otro lado vivían mis padres. Llegaron a casa y los atendió mi papá. Cuando preguntaron por mí, yo desde la cocina escuché, pero mi papá no contestó, dudó y en eso yo salí y me presenté. Me dijeron que querían hablar un momento, cuando dí el paso hacia adelante, sacaron el arma y amenazaron a mi papá y a mi hermana, que habían salido afuera, y la obligaron a meterse en la casa. Yo seguí caminando y me obligaron a subir

en la camioneta que tenían. No conocí a nadie, además estaban con anteojos y pelo largo, seguramente peluca. No me quería resistir porque a empujones me llevaron. Iba una persona a mi lado, armada. Continuamente les preguntaba dónde me llevaban y quiénes eran ellos. No me contestaban ni una palabra. Al salir a la ruta que iba para Curuzú Cuatiá, me vendaron los ojos y me ataron las manos hacia atrás, yo traté de estar lo más serena posible. Tenía mucho miedo, pensaba que iban a torturarme y matarme. En ese momento uno piensa en todas las cosas lindas que ha hecho y en las personas que quiere, y lo único que me acordaba era de la maestra Coca Morello que habían secuestrado de una estancia de los Balestra, en el departamento de Goya. Era importante pensar en ella porque demostró su fortaleza en la tortura. Yo pedía a Dios que me diera fuerza y que me conservara fuerte para aguantar. Me sentía con valor, y parece que al ser campesina, impacté a esta gente, porque yo les hablé mucho de la madre. Cuando ellos me trataban mal o me decían obscenidades, no me callaba. Parece que el miedo me hacía hablar y me salían reflexiones que los convencieron de que yo era una persona que no tenían que destruir. Eso se me ocurre a mí nomas.

Durante la noche me interrogaron. Preguntas por nombres y marcas de vehículos, si yo conocía de quién eran, si las Ligas pertenecían a los grupos guerrilleros. Me colgaron desnuda, me amenazaron con la picana y con hacerme el submarino. Estaba siempre vendada. Se consultaban entre ellos. Con roldanas y piolas me ataron de pie, y manos y colgaba cabeza abajo. Yo trataba de serenarme, esperaba lo peor.

A la madrugada me cargaron de vuelta en el baúl de un auto, después me volvieron a sacar. Me llevaron adelante entre dos tipos con la cabeza hacia abajo, cuando empezó a aclarar me dijeron que me baje, yo pensé que me pegaban unos tiros para matarme o que me tiraban en algún precipicio. Bueno, me bajé y me dijeron que cuando se aleje el coche, me sa-

que la venda y me oriente. Así fue que se alejaron, me saqué la venda, vi que había casas cerca y pedí ayuda, les expliqué lo que había sucedido. Un señor que tenía un jeep me llevó a la ciudad de Curuzú Cuatiá, que estaba a pocos kilómetros, y allí realicé la denuncia. Me acompañó una familia con la que siempre estábamos en los grupos de reflexión política de la casa de las hermanas en la parroquia de Perugorría.

Me quedé varios días en la casa de las hermanas misioneras que vivían en Perugorría, porque me recomendó el médico que haga reposo y me tranquilizara. La gente del campo me visitaba, y mis padres, muy asustados, no sabían qué decirme. Claro que no fue nada fácil pasar por esta experiencia. Lo más difícil fue para Sergio enterarse a través del diario, ¡no se imaginan qué impotencia! Esta fue una forma de tortura psicológica que usaban los grupos de tarea de la Triple A.

Al poco tiempo fui a visitarlo a Sergio en la cárcel, era como verme nacer. Me contó que a él también lo sacaban para interrogarlo, no sabía qué decirme, quería que yo me fuera a trabajar a otro lado. La verdad es que no quería irme a otro lugar, en mis planes no estaba salir del campo. No me gustaba irme a la ciudad u otro lugar que no sea cerca de mi familia. Mis padres me pidieron que vuelva a casa a vivir con ellos hasta que Sergio saliera de la cárcel.

Me quedé a vivir con mi hermano *Tonito*, doña Elena y los chicos, Santiago, Iván y Leonardo. Visitaba a Sergio en la cárcel una vez al mes. Seguía yendo a las reuniones de las Ligas Agrarias, que se hacían con menos frecuencia, ya que el gobernador Julio Romero había hecho una llamada a los campesinos para que no se involucren con las Ligas Agrarias acusándolas de subversivas y comunistas.

24 de Marzo de 1976

Este día me vinieron a buscar, me sacaron de mi casa, que era la escuela del Paraje Palmita. Llegó un camión del ejército, rodeó la escuela, revisaron todas las piezas donde vivían los niños con la abuela Elena. A mí me dejaron afuera, custodiada por un soldado armado. Cuando había visto llegar el camión, guardé entre mi ropa algunos escritos sobre las Ligas, no sabía qué hacer. Se me ocurrió pedir permiso para ir al baño, que estaba a pocos metros, era un baño excusado que pertenecía a la escuela. Por suerte accedieron al permiso y me liberé de las cosas que tenía dentro de la ropa, ¡por suerte! Fue un alivio. Mientras tanto, dieron vuelta la casa buscando armas. Según ellos, tenían noticia de que Sergio las guardaba en un cajón en la pieza de la escuela. Los tres niños que estaban con la abuela vivieron todo este allanamiento, y luego mi detención, la segunda, ya que antes habían visto la de su tío. Eran chiquitos, Santiago tenía tres años, Iván cuatro y Leonardo cinco o seis. Su mamá trabajaba en la ciudad de Goya y venía periódicamente.

En este período de detención me encontré con Victoria Benítez y Carmen Cantero, dos maestras rurales. Carmen Cantero tenía sus padres en el paraje Vaca Paso, y Victoria era la maestra que ayudaba a las hermanas en la escuela de Vaca Paso.

Después, de la policía del pueblo, nos lleva Gendarmería a la ciudad de Curuzú Cuatiá. Seguimos encontrando más militantes que estaban en la misma situación: profesionales, odontólogos, obreros, estudiantes, abogados, maestros; yo era la única campesina que trabajaba la tierra. Tuve suerte de compartir varios meses hasta que nos trasladaron al Ejército de Paso de los Libres. Allí nos trataban mal, nos interrogaban con insultos y encierro, íbamos al baño con un soldado al lado sin cerrar la puerta. Nos encontramos con una profesora de historia, que una vez dio una clase de marxismo en el Ejér-

cito, y según ella, la marcaron por eso. A los pocos días nos trasladaron a Gendarmería en las afueras o en la zona sur de Paso de los Libres. Allí estuvimos hasta el mes de septiembre de 1976.

Carmen Cantero, cuando fue detenida ese día nos contó que estaba embarazada. Así se bancó todo su embarazo en Paso de los Libres. Por suerte era una chica con mucho coraje que siempre estuvo acompañada por nosotros. Yo no podía entender lo que estaba pasando, a veces teníamos valor porque éramos inocentes, porque si nos poníamos a pensar en lo que querían hacer con nosotros, la verdad... sería muy duro de asumir. Más en el caso de Carmen, que no tenía seguridad de dónde iba a nacer su hijo.

La visita de monseñor Devoto

Luego de ocho días detenida en Gendarmería de Curuzú Cuatiá recibí la visita del monseñor Devoto junto a mi mamá. Nos dejaron hablar cinco minutos. A mis padres no le querían decir que estábamos todos detenidos. Monseñor Devoto nos preguntó cómo estábamos y qué necesitábamos. Yo le conté que estábamos con muchos detenidos que venían de Monte Caseros, Paso de los Libres, Curuzú Cuatiá. Al enterarme que en Perugorria, el día del golpe militar, el obispo se preocupó por acompañar nuestros familiares a localizarnos, eso me dio más seguridad. A pesar de la situación, fue una alegría conversar con el Obispo y mi mamá.

En la cárcel de Resistencia, cuando se dio el golpe, recibieron la visita del monseñor Devoto los detenidos de su diócesis, especialmente Sergio Tomasella; además había detenidos sacerdotes catequistas delegados de las Ligas Agrarias y jóvenes militantes, maestros, profesores; todos de la ciudad de Goya. Entre 1976 y 1977, por su actividad de bús-

queda de los detenidos y su apoyo incondicional al movimiento campesino, nuestro obispo estuvo muy perseguido y controlado en sus actividades. Hubo momentos en que estaba en su casa y no lo dejaban salir, por eso quiero destacar que monseñor Devoto se preocupó por nosotros cuando nos detuvieron, igual que las hermanas misioneras extranjeras del pueblo de Perugorría, siempre se destacaron por contener a los familiares.

En Villa Devoto junto a mujeres de todo el país

En septiembre de 1976 nos avisaron del traslado a Villa Devoto unos días antes y no pudimos alertar a nuestros familiares. Sí pudimos entregar los trabajos en tejidos que hacíamos en Gendarmería. También todo lo que era relojes de pulsera, o alhajas que teníamos algunas de las chicas. La que quedó fue Carmen Cantero, ya que por su embarazo no la trasladaron. Creo que quedó en algún centro de salud del área militar.

Nos llevaron al aeropuerto de Paso de los Libres a cuatro mujeres hacia un avión del Ejército. Era la segunda vez que subía al avión con las tres compañeras, nos mirábamos y también disfrutábamos del paisaje del sur de nuestra provincia. ¡Es curioso! ¿Por qué me pasó? Cuando íbamos pasando por el Delta se me caían las lágrimas. Tenía una sensación extraña, creo que sentía el desarraigo, que me sacaban de mi tierra, la sensación de inseguridad, del tiempo que iba a estar lejos de mi familia. Miraba la figura del río Paraná desembocando en el Río de la Plata. El guardia se dio cuenta y me preguntó por qué lloraba. No le contesté, no me iba a entender lo que sentía, además no tenía sentido contarle.

Llegamos a Campo de Mayo, nos esperaban los celulares y el personal penitenciario de Villa Devoto. Todo un papeleo, mientras nos mantenían con la cabeza gacha y veíamos por la pared. Al bajar nos esposaron. Nos llevan a la cárcel, teníamos

que caminar duritas sin mirar al costado con la cabeza hacia abajo y las manos atrás. Cuando nos llevaban a un pabellón, nos recibieron unas veinte o más mujeres, una alegría tremenda ¡No entendíamos nada! Ellas nos designaron las camas, todo con gran atención. Preguntamos de dónde eran y cuánto tiempo hacía que estaban detenidas. Una decía que ya hacía dos años, otra un año. Nos contaban que hacía pocos días ya les habían sacado sus hijos que habían nacido en la cárcel, para entregarlos a los familiares en distintas provincias: Tucumán, Salta, Misiones, Buenos Aires y también Uruguay y Chile. Estaba también una compañera mulata, que era de Buenos Aires... aún recuerdo todas sus caritas. Muchas con la fortaleza que tenemos los seres humanos, de cultivar la solidaridad, el amor al otro.

Es contradictorio lo que les voy a decir, era una belleza encontrar este ambiente en un lugar así. Estábamos presas, pero con el corazón libre, con las ideas libres. Gracias a Dios, reflexionamos sobre lo que sufrió Cristo, en su calvario... nadie quita la libertad y la fortaleza que tiene el ser humano.

El secuestro de mi hermano Tonito el 16 de marzo de 1977

Estando en la cárcel, por un familiar de una compañera de Goya que estaba allí, me enteré que habían secuestrado a *Tonito* Olivo y a otro campesino de paraje Palmita, Pantaleón Romero. En una de las visitas, mi mamá y mi cuñada, Margarita Benítez, me cuentan a grandes rasgos cómo fue. Ellas, acompañadas por *Caty* (una de las hermanas misioneras extranjeras), fueron al Ministerio del Interior a presentar un *há-beas corpus*, para su búsqueda.

No me sorprendió, mi hermano *Tonito* tenía un compromiso especial que compartíamos. Un tiempo antes de mi de-

tención, me decía, “Si algún día me pasa algo, no te aflijas, yo estaré dando la vida por la causa, así como Cristo dio la vida por los demás”. Lo tomé con tranquilidad porque se me pasó por la mente lo que él me dijo. Él era un muchacho muy alegre, era mellizo con *Toti* (Alfredo Teófilo Olivo). Mis dos hermanos son los mayores, hijos de mamá, de los tres que ya tenía cuando se casó. A *Tonito* le teníamos un cariño especial, era alegre y juguetón con nosotros, los más chicos. Trabajaba con gran amor la tierra, iba a jugar al fútbol y formaba parte del equipo que representaba al paraje Palmita. Le decían el Sombra Negra, con su físico bien morocho y fortachón, de cara bien estilo aborígen.

Cuando estábamos todos en Palmita, se fue a Buenos Aires a probar suerte, no se halló y volvió. Nosotros, los más chicos, lo extrañamos tanto... Cuando volvió estábamos re contentos. Era muy amigo del padre Zini, cantaban juntos con la guitarra, fue quien los casó cuando formó su matrimonio, y se hizo una guitarreada ese día, no hubo fiesta, como la de los casamientos formales, empanadas y guitarreada nomás. Los padrinos fueron don Fortunato Curimá, delegado del paraje Vaca Paso, y su primera señora.

La detención de *Toti*

A poco tiempo del secuestro de *Tonito* me enteré de la detención de otro de mis hermanos, Alfredo Teófilo Olivo *Toti*. Él vivía también en paraje Palmita, creo que fue en mayo del 77. Me enteré por mi mamá, que venía seguido a Buenos Aires por los trámites de búsqueda de *Tonito*. A *Toti* lo torturaron delante de su mujer y sus hijos en la casa, luego en el monte yendo a la escuela Palmita. Mi cuñada cuenta que se escuchaban los gritos de la tortura, enchufaban la batería del camión y le hacían pasar electricidad por el cuerpo. Así llegaron a la escuela, lo bajaron frente a los niños que estaban en clase, me contó doña

Elena. A *Toti*, atado de pies y manos con cadenas, lo bajaron del camión y con el látigo lo hicieron caminar saltando hasta la presencia de doña Elena, a quien le pidió por favor que entregue las escopetas que eran de Sergio. Estoy segura que fue por la desesperación, y de tanto que ya lo torturaban.

Todas estas cosas nos quedan grabadas en la memoria, por eso es importante transmitir lo que sufrimos en todo este tiempo para que nunca más ocurra, y para que se haga justicia. A *Toti* lo llevaron a Goya junto con los demás campesinos de las Ligas de los departamentos de Goya y Lavalle. Después lo llevaron a la cárcel de Resistencia donde estaba Sergio, luego a La Plata y a Rawson, de allí lo largaron en libertad vigilada. Fue a buscar su familia, vivió un tiempo en que nadie le daba trabajo y todos lo apuntaban. Estuvo detenido, cumplió su libertad vigilada y se fue a Buenos Aires, cerca de mi hermano mayor. Lo tomaron en *La Serenísima*, y allí quedó en la zona de Burzaco. Tuvo grandes problemas de salud, ya que debido a la tortura se le agudizó el reuma.

Mi salida del país en 1977

En la cárcel siempre analizábamos con las compañeras lo qué era más conveniente hacer para estar en libertad y salvar la vida. Fue así que todos los que estábamos bajo el Poder Ejecutivo Nacional pedimos la salida con la Ley de Opción, que decía que si no había una causa ni proceso, se podía solicitar la salida del país, y te la tenían que dar.

En principio se la negaron a todos, pero un buen día llegó el parte diario que nos pasaban en la cárcel y estaba mi nombre. Por suerte, mi mamá, mi cuñada y la hermana *Caty* ya se habían incorporado a los familiares de detenidos y desaparecidos. El día de mi cumpleaños número 23, el 7 de junio, mi mamá me visitó y me dijo que ya habían conseguido que me hagan el pasaporte, y estaban juntando para el pasaje. No lo podía creer

¡qué hermosa la fuerza de la solidaridad! Cumplí todos los requisitos y el 15 de junio salí rumbo a la ciudad de México. Me sentía distinta con tantas noticias, y cómo iba a tener que enfrentar esta nueva realidad. Era mejor estar en libertad porque así podía ser más útil, sentía confianza en mí.

Me despidieron mi mamá, mi cuñada Margot y la hermana *Coty*. Yo me daba cuenta que estaba eufórica, contenta, triste, de todo. No puedo explicar bien lo que me pasaba. La miré a mi mamá y traté de animarla, diciéndole que se quedara tranquila, que yo siempre le iba a escribir, a Margot y *Coty*. No tenía palabras para ofrecerles, creo que lo mínimo que podía hacer era difundir lo que estaba pasando en Argentina. Me costaba despedirme, se me juntaban todas las ideas, me dijeron que en el avión me iban a pasar dinero y la dirección de la gente que me iba a recibir en México.

Volamos hacia Chile, al llegar a Valparaíso yo ni bajé del avión, me acordaba que allí estaba la dictadura de Pinochet. Volvimos a volar hacia Bogotá. Allí hicimos cambio de avión y me acompañé con una señora que también viajaba sola, muy buena, y charlábamos. Cuando bajamos disfrutamos de los jugos de frutas tropicales que nos ofrecían en el aeropuerto, riquísimos. En el camino hacia México, se acercó una chica y me dio una revista para que lea. Allí estaba la dirección, el dinero y los nombres de las personas que me esperaban. ¡Qué emoción! Llegué de noche a la ciudad de México, impresionante, un mar de luces, y me decía para mí: ¿adónde voy? ¿Qué hago en este lugar? Bajé, seguí a todos los pasajeros. Mi mamá me había preparado una valija de ropa, así que agarré mi equipaje que no era mucho, solo una pieza. Miraba, miraba, tenía que encontrar a una pareja con un niño. Seguramente ellos vieron mi cara de asustada y enseguida me reconocieron, me habían dicho sobre su vestimenta y cómo serían ellos, nada más, no nos conocíamos. Bueno, por fin, ya nos saludamos, ¡qué bien que me sentía cuando los reconocí!

Amanecí en una casa con jardín, un niño que iba a la guardería y los padres que iban a trabajar. El niño se encariñó conmigo y no quiso ese día ir al jardín, se quedó conmigo y jugamos a la pelota.

Mi exilio en México

Lo primero que le planteé a esa familia fue que me consigan trabajo en el campo. No quería estar en la ciudad, nunca pensé mi vida allí ni lo tenía programado. Me tranquilizaron y me dijeron que yo tenía que aprovechar este tiempo para estudiar, ¿Y estudiar qué? y ¿¡para qué!? Todas estas reflexiones tuve que resolver.

Los argentinos estaban organizados en dos casas de exiliados o refugiados políticos, según cómo congeniaban políticamente. Mientras tanto, yo les cuidaba al niño y les limpiaba la casa. Me sacaron a conocer la ciudad y otros argentinos amigos de ellos me llevaron al subte, era muy moderno, así fui conociendo la ciudad. Plantearon mi problema a los demás refugiados para que me tramitasen una beca, y así ya podría estudiar. Pero todas las que se otorgaban eran para nivel universitario, y yo tenía nada más que la primaria. Explicaron mi situación, que yo había salido de la cárcel y que era campesina. Fui a tramitar el certificado de refugiado, me presenté ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas, y conté de qué manera vine a México. Me entregaron el certificado que lo presenté a través de una de las casas de refugiados y con la explicación debida, y testigos de la situación, me becaron para hacer la secundaria en tres años. Ya que se hacen tres años más para entrar en la universidad.

Estudié, pero también trabajé de costurera, en casa de familias, en una tapicería, hice encuestas para un laboratorio en la ciudad. Todo esto me ayudó, me compré un mapa y me

orientaba. Me tomaba el subte o tomaba colectivo y me recorría la ciudad. También me anoté en la escuela, en un sistema de secundaria intensiva. Luego de varios meses, viajaba en colectivo o me tomaba el subte al centro todos los días. Escribía cartas a mamá y la hermana *Caty*, también para doña Elena, quien luego del secuestro de *Tonito* y mi detención, dejó la chacra y se volvió a la ciudad de Goya con los niños. Recibí noticias de que Sergio seguía en la cárcel, así como los campesinos, entre ellos mi hermano *Toti*.

Secuestro de Alicia Dumont, la hermana *Caty*

No recuerdo en qué mes había recibido su última carta, ella me contaba que estaba tramitando para que más compañeras, que ya tenían el permiso para salir del país por la Ley de Opción, pudieran ser recibidas en México. En esos meses había viajado Victoria Benítez, la maestra de Perugorría, como hermanos del mismo pueblo vivíamos en la misma casa. Fue poco tiempo, ya que ella consiguió trabajo en Costa Rica como maestra. *Caty* se integró a los grupos de familiares de desaparecidos y detenidos políticos, ya no volvió a Perugorría porque las otras hermanas estaban sufriendo allanamientos y preguntaban por ella. Después del secuestro de mi hermano *Tonito*, se dedicó de lleno a ayudar a los familiares.

En el mes de diciembre, me enteré a través de una carta del padre Carlos Plancot, desde Francia, que a la hermana *Caty* la habían secuestrado junto con un grupo de familiares el 8 de diciembre de 1977, mientras estaban reunidos en la iglesia Santa Cruz de Buenos Aires. Otro golpe fuerte, tenía que seguir soportando el exterminio de mis queridos compañeros, amigos y familiares.

Me otorgaron, entonces, las becas para estudiar la secundaria, la familia que me alojaba en su casa decidió mudarse

a otro estado; pero yo decidí quedarme en la ciudad de México. Fui a vivir con otra familia de argentinos, ya que no quería estar sola en esa gran ciudad, ni estar apartada de los compatriotas. Me brindaron una pieza, y como no me querían alquilar, yo les ayudaba haciendo la limpieza y cocinando. Ella trabajaba de maestra y él era médico, tenían tres niños. Yo seguía cursando la escuela secundaria, y trabajaba de costurera en casa y en una tapicería. Con la beca me compré una máquina de coser, estaba muy ocupada disfrutando del estudio y el trabajo. Comencé comprando los libros que tenía en el programa de estudio, iba a clase todos los días, me integré con los compañeros mexicanos. Me sentía bien cuando comencé a conocer la historia de ese país. Me costaba mucho entender matemática y química, pero con los compañeros salíamos adelante. Nos fuimos de viaje con los cursos a conocer las pirámides de Teotihuacán ¡hermoso! Me gustaba mucho la humildad y la idiosincrasia de México, estaba muy contenta.

Escribía muchas cartas a mamá y a papá, a doña Elena y a los organismos de ayuda a los detenidos en Argentina, como Amnistía Internacional y al Concejo Mundial de Iglesias. Con los distintos grupos de refugiados iba a charlas que se hacían por la situación de Argentina. Una cosa que me llamó la atención era la cantidad de familias que se desintegraban, hacían crisis con la convivencia y se separaban. Sufrí lo que era ver a las compañeras que estaban en México, cuando sus parejas salían de la cárcel, y se encontraban, ya no podían continuar porque ellas tenían otra pareja en el exilio. Eso no lo podía creer, tanta falta de fidelidad con su compañero que estaba detenido en Argentina, me causaba mucha tristeza.

De todas maneras, me encariñé con muchas familias en el exilio, todos extrañábamos nuestro país y estábamos atentos a los acontecimientos. En esta temporada, decidí ir a vivir sola en un edificio muy precario donde vivían algunos compañe-

ros de Argentina. Alquilé una pieza con un baño. Allí iba a la escuela y almorzaba en la Casa Argentina, donde funcionaba un comedor en el que cocinaba un matrimonio de Santiago del Estero. Allí me sentí mejor, el ambiente de mi país con la comida que preparaban estos abuelos que también eran refugiados, me hacía sentir como en casa.

También hubo otros momentos que busqué vivienda a través de los estudiantes latinoamericanos, estuve algún tiempo compartiendo con estudiantes. Allí conocí a un matrimonio argentino, nos acompañábamos y yo les cuidaba al bebé.

Las primeras cartas de Sergio desde la cárcel

A mediados del año 1978 recibí la primera carta de Sergio desde la cárcel, era por el mes de mayo. Hacía más de dos años que no tenía contacto directo con sus palabras, fue hermoso. No puedo describirlo, un poco de alegría, tristeza, impotencia. Y trataba de coordinar pensamientos con serenidad: confianza en mi persona, en el amor de pareja con este compañero que elegí para formar mi familia. Los que tenemos fe, nos damos cuenta que es grandioso el ser humano cuando se plantea con claridad objetivos de vida.

Desde entonces me escribió una carta por mes, hasta que salió en libertad vigilada el 8 de diciembre de 1978. Hasta hoy conservo sus cartas que les di a mis hijos cuando nos pusimos a conversar de nuestra vida. Cuando me escribió la última carta, en diciembre de 1978, me contó que estaba en libertad vigilada, y me puse mal porque tenía miedo que le hagan algo como pasó con otros compañeros que los largaban y luego los mataban.

Comencé a prepararme buscando un departamentito para cuando él llegara, también tomé un trabajo con más remuneración. Me había capacitado para ser secretaria de una empresa de teñido de telas. Dejé de ir a clase en la escuela, y dí libre

las materias, me quedaba nada más que a matemática. En un año estaba ya terminando los tres años de secundaria.

Como Sergio tardó mucho en escribirme, yo estaba muy estresada, y comía en los restaurantes porque no me daba el tiempo para ir a la Casa Argentina. Comencé a sentir muchos dolores en el cuerpo y me hacían mal las comidas. Recurrí a la casa de dos amigas argentinas y ellas me internaron con su obra social porque una de ellas trabajaba en el Centro Médico de la ciudad de México. Cuando salí de alta estaba parando en la casa de estos amigos. En un momento sonó el teléfono y atendí, (estaba yo sola ya que ellos estaban en el trabajo). Era Sergio, que ya había llegado al aeropuerto de México y quería que fuera a buscarlo. En una carta yo le había mandado la dirección y el teléfono de estos amigos que siempre me acompañaban en todo. Yo ya me había puesto de acuerdo con otra compañera que tenía auto para cuando él llegara. Teníamos una comisión que se ocupaba de la ayuda a los refugiados, llamé por teléfono y enseguida fuimos a buscarlo. ¡Qué emoción, che! No lo podía creer, se me pasó todo el malestar que tenía.

Dejé el trabajo. Sergio había traído unos pesos que le juntaron los familiares en Buenos Aires. Con eso pagamos un departamentito que yo había conseguido por medio de unos amigos de Leonardo Favio, en un lugar donde había vivido él. Bueno, así nos instalamos y Sergio comenzó a buscar trabajo en la colectividad Argentina. Yo seguía con la costura en mi casa, además iba a coser en un taller y me daban para hacer terminados de algunas ropas. Él tomó trabajo de pintor y arreglos en general, para la casa de argentinos; mientras tanto yo seguía cobrando la beca de estudiante. Esto me solucionaba la estadía de documentación en el país. Todos los años tenía que renovar la visa, y presentaba las materias aprobadas. Así lo hicimos con Sergio, para permanecer en el país, tenía que presentar que estábamos haciendo algo, sino nos quedábamos sin documentación y esto es delito en México.

En ese tiempo consiguió trabajo en la *guardería* que era de los latinoamericanos. La administración era de la Casa Argentina, y allí fuimos a vivir porque había un lugar para el casero. Le pagaban un sueldo, en lo económico estábamos bien. Para la documentación, tuvimos que presentar que era becario, por lo que tuvimos que gestionar esta misma beca que yo tenía ante los mismos organismos.

Ya para entonces, en el mes de enero, nació nuestra primera hija, viviendo en la *guardería*. Fue todo un acontecimiento, nos querían mucho los compañeros argentinos porque Sergio era muy responsable en su trabajo. Allí iban los niños de los refugiados de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, vivimos todas las luchas de Centro América. Nosotros nos integramos con más fuerza en la Comisión de Familiares de Detenidos Desaparecidos: COSOFAM (Comisión de Solidaridad de Familiares Argentinos en México). Con nuestra hija Anahí a cuestas, nos reuníamos, organizábamos charlas, conferencias de prensa sobre lo que pasaba en Argentina. Hacíamos pancartas con las fotos de las primeras marchas de las Madres de Plaza de Mayo, y hasta recibimos a Héctor Cámpora cuando vino a México.

También realizamos festivales, recuerdo que en uno de los más importantes yo no fui porque Anahí era muy chiquita. Sergio estuvo ayudando en ese festival, donde estuvo el uruguayo Alfredo Zitarrosa. Quedó maravillado de esa actuación, que además sirvió para mandar el dinero a las Madres en Argentina, fue todo un éxito. En esto nos apoyaba la Universidad Autónoma de México.

Recuerdo que en esta Comisión recibimos visitas de gente que se decía familiares de desaparecidos, pero después nos dimos cuenta que eran espías de inteligencia del Ejército en el exilio, así como pasó en Francia con Astiz, que por suerte lo reconocieron. Alfredo Astiz fue uno de los secuestradores

de la hermana *Caty*. En una sola reunión estuvo un muchacho sospechoso, que ahora no recuerdo el nombre. Las reuniones habían sido siempre abiertas a los argentinos, mexicanos y teníamos contactos con los otros refugiados de Centro América. Después nos enteramos que había peligro, pero por suerte teníamos seguridad de las autoridades mexicanas, que además siempre fue un país muy solidario en defender la democracia en los países vecinos. Siempre se nos brindó solidaridad a los refugiados políticos. Cuando Anahí tenía diez meses nos trasladamos a la ciudad de Puebla, porque había posibilidad que nos otorguen los documentos de asilo político, nosotros veníamos renovando como estudiantes, pero pasaban los años y terminaba la beca.

Fue así con domicilio en la ciudad de Puebla, nos otorgaron la forma migratoria de asilado político. En este tiempo ya nace mi segundo hijo, Emiliano. Allí en Puebla, puse un taller de confección de muñequitos de tela, mientras Sergio trabajó unos meses en otro Estado, en Morelia, para atender una producción de tomate. Después renunció, cuando estaba por nacer Emiliano. Allí nos dedicamos de lleno a la confección de estos muñequitos que salíamos a vender en los negocios de la ciudad. A los chicos los dejábamos unas horas en una guardería para poder trabajar. Anahí ya tenía un año de edad, y después Emiliano, creo que a partir de los ocho o nueve meses de edad. Anahí nació en el año 1980 y Emiliano en el 82.

Guerra de Malvinas

Con tanto dolor vivimos día a día la muerte de los soldados argentinos. Íbamos a la casa de los vecinos a mirar los noticieros para estar al tanto de todo y visitábamos a los demás refugiados que había en la ciudad de Puebla, nos sentíamos angustiados porque habían llevado a los jóvenes al matadero. Era otra generación que era asesinada y la dictadura era

responsable, aprovechándose del sentimiento del pueblo argentino, que a pesar de todo no perdimos. Enfrentábamos a un enemigo feroz, que también era cómplice de los desaparecidos por causas políticas.

Ustedes se darán cuenta que esta casta militar formada por el imperialismo aplicó las mismas torturas que en los campos de concentración donde estaban los desaparecidos. Esto se sabe ahora gracias a los testimonios de los sobrevivientes que por suerte pueden contar con libertad y escribir los atropellos sufridos por parte de sus superiores.

Alistarse para la vuelta

Nosotros siempre trabajábamos para que nuestro exilio sea lo más corto posible. Pronto se empezó a escuchar que la dictadura cívico-militar se había desgastado con la guerra de Malvinas y que, por suerte, darían elecciones en el 1983. Allí comenzamos a ahorrar unos pesitos para volver en cuanto se levantara el Estado de sitio. Seguíamos con el taller de confección de muñecos, que tenía mucho éxito. Nos pidieron para llevarlos a la isla Cozumel e Isla Mujeres para los turistas *yanquis*. Despachamos por avión varios paquetes de acuerdo a cómo nos pedían. Nosotros estábamos contentos, no dábamos abasto, tuvimos que emplear dos personas para cumplir con los pedidos. Mi casa estaba llena de muñequitos por todos lados. A algunos se les bordaba el nombre de la isla ¡Qué grande!

Por suerte cuando ya estábamos en condiciones de volver, teníamos cerca la comunidad de refugiados de Guatemala que todavía permanecía en el exilio, les vendimos a ellos, con todas las direcciones de los clientes y herramientas rudimentarias que Sergio construyó para cortar los adornos que llevaban.

Cuando nos preparamos para hacer los trámites, volvimos al Distrito Federal, y certificamos los documentos con Gobernación y Relaciones Exteriores y nos pagaron el viaje con equipaje incluido. Esto fue el acuerdo que hizo el gobierno democrático para que podamos volver todos los que habíamos salido por problemas políticos. En el aeropuerto, mientras caminábamos para tomar el avión a Buenos Aires mi hijo Emiliano cantaba el himno de México, tenía un año y dos meses. En el jardín le enseñaban, entonces parece que presentía que salía del país donde había nacido. Cantaba y cantaba "¡Mexicano el grito de la guerra!" Hablaba a media lengua.

Yo sentía mucha alegría porque volvía a mi país, era como volver a casa, esa sensación de alegría y paz. Pero también me dolía dejar México, un país tan hermoso, con su gente tan solidaria, humilde y comprometido con los problemas de inestabilidad política de los países vecinos de América Latina. Puedo dar fe todo el tiempo que viví en México, siempre nos hicieron sentir que éramos hermanos con las mismas raíces.

Llegamos a Goya

Llegamos de sorpresa a nuestra familia, con mucho orgullo de presentar a nuestros hijos que hablaban con acento mexicano, una alegría tremenda. Nos quedamos pocos días en Goya, y enseguida fuimos a Perugorría a ver a mis padres para que conozcan a los nietos. Estuvimos pocos días en cada casa de nuestras familias, ya que la preocupación era poder afirmarnos de nuevo en el campo. Nos propusieron una chacra en Lavalle, paraje La Bolsa, ya que un cuñado de Sergio tenía un contrato de aparcería y le quedaba un año para cumplir, y nos dejaba a nosotros para que la trabajásemos. Por suerte era para plantar tabaco y la sementera con maíz, mandioca, batata, zapallo y huerta en general. El porcentaje de la venta

del tabaco que se le daba al dueño del campo era de 25 por ciento, lo otro era para nosotros, para el sustento de la casa.

A los ocho días ya estábamos instalados en el campo. Teníamos una casita y un galpón para la cosecha, agua de un pozo que con un motor a nafta levantaba el agua a un tanque. Nosotros, re contentos, los chicos disfrutaban. Nos hicimos cargo de la chacra, tenía una pequeña granja, gallina, patos y chanchos. Le compramos todo a la familia que estaba allí ¡Qué alegría era todo esto! Tratar con los vecinos era lo más lindo, nos sentíamos en casa. También teníamos una vaca que había que ordeñar para la leche de los chicos, renovamos la huerta, y sembramos todas las semillas que trajimos de México.

Enseguida recibimos los comentarios de la gente que “habían llegado otra vez los subversivos”. Teníamos mucho miedo, en una madrugada escuchamos el ruido de un *Jeep* de la policía, y levantamos a nuestros hijos y nos escondimos. Luego nos refugiamos en la casa de un vecino. Allí, nos cuentan que la policía había venido a llevar a la señora que estaba muy enferma. Nosotros le dijimos que habíamos salido de la casa por miedo, que no queríamos que nos encuentren y que por favor nos cuente qué estaba haciendo la policía. Si bien estábamos muy felices de estar de nuevo en el campo, teníamos instalado el terror de lo que habíamos pasado, y lo que habían hecho con nuestras familias. Teníamos grabado el ruido de los camiones del ejército y la policía. Es increíble cómo podíamos escuchar ruidos raros o ver gente rara en la zona, teníamos el terror en la sangre, y no estábamos dispuestos a volver a sufrirlo.

Me pasaba también cuando Sergio salía a buscar mercadería, y yo me quedaba sola con los chicos, no entraba en la casa hasta que él llegaba, con mis hijos dormidos, esperaba fuera. Además no lo quería dejar a Sergio solo y tenía miedo que le hagan algo ¡Tantas cosas se me ocurrían!

Fue así que con dos personas más armamos la chacra, plantamos tabaco y de todo para la olla. Estaba hermoso el tabaco, hasta que vino una gran lluvia y arruinó la mayor parte de la producción. Sergio trabajó mucho tratando de hacer correr el agua, pero lo mismo se aponchó todo, cosechamos lo que pudimos, mientras tanto se tuvo que ir de a caballo como siete kilómetros para encontrar turno para vender la cosecha. Se cansó mucho porque hacía tiempo que no cabalgaba. Consiguió turno y preparamos los fardos de tabaco seco. Como habíamos comprado un carrito, aprovechamos y se llevó la carga con otros vecinos. Se cansaron mucho, pero vendieron todo. Contentos volvieron con el carro vacío. Lo que sí, cansados por el viaje, los caballos que tiraban el carro todos transpirados. Sergio era muy compañero con los vecinos, agradecemos a ellos que lo acompañaron. Y finalmente tuvo el encuentro con el dueño del campo para entregarle el 25 por ciento del dinero de la cosecha.

Para ese tiempo encontramos un campito de ocho hectáreas en paraje Puerto Viejo, Lavalle. Fuimos caminando acompañados de un vecino que conocía el lugar, los chicos vinieron montando un caballito manso para que ellos pudieran aprender a andar. Enseguida que llegamos, se los compramos para Anahí y Emiliano. También servía para tirar el arado y el carro. Nos íbamos a la costa del río Santa Lucía a pescar y a disfrutar de las hermosas playas. Los chicos iban en el caballo, los fines de semana o en Semana Santa.

Al año siguiente, el 9 de julio de 1985, nos mudamos al campito que compramos gracias al ahorro en el exilio. Quisimos afirmarnos en Lavalle. Queríamos un lugar que esté cerca de una escuela para los chicos y también que no sea tan lejos de la ruta 27, que tiene acceso a la ciudad de Goya y Santa Lucía. No queríamos estar aislados, sabíamos lo que significaba el sacrificio de estar lejos de todos. Aquí en Puerto Viejo nos quedamos, esta tierra es muy linda, es mezcla con arena, muy

fácil de manejar para los cultivos de maíz, batata, mandioca y el tabaco, que siempre se plantaba. Era muy sacrificado, pero tenía la ventaja de la obra social que te daba el producir tabaco, además era nuestras raíces para seguir luchando, volver a integrarnos con los compañeros que seguían estando en el campo, rescatar esta lucha que costó vidas, levantar las banderas que nos habían quitado.

La muerte del monseñor Devoto

A los pocos días de haber llegado a Goya, fuimos a saludar al padre Devoto, necesitábamos su aliento y contarle que estábamos de nuevo en el campo. Con un abrazo, de alegría y emoción, le presentamos a nuestros hijos. A través de él nos conectamos con el padre Jorge Torre, que había llegado de España donde se había exiliado, y así a distintos sacerdotes que estaban en su diócesis. Hablamos de toda la situación, principalmente de lo que estaba pasando en el campo, el éxodo de familias a la ciudad de Goya hacia los barrios y para las grandes ciudades, y sobre el desaliento en el área tabacalera. Con gran emoción del Padre, se nos cayeron las lágrimas al encontrarnos y poder conversar. Toda la experiencia con esta gran persona con quien hablamos en mutua confianza. Recuerdo que fue por marzo, cuando llegamos a Goya en 1984.

En el mes de julio tuvimos esta gran pérdida, ocurrió el accidente junto a sus catequistas. Cuando me enteré no tuve el coraje de ir a despedir sus restos. En realidad no quería asumir que ya no estaba físicamente, me quise quedar con la imagen de un amigo que siempre está, con sus palabras que quedaron en mi memoria, sus homilias de muchas horas en los cursos de jóvenes rurales. Sus palabras siguen presentes en su interpretación del Evangelio de la vida de Cristo. Siempre estaba vigente el compromiso con los que más necesitaban. La sencillez en sus palabras, el reconocimiento a nuestra

conciencia de recuperar nuestros derechos campesinos, y, por qué no decir de las mujeres que trabajamos la tierra, y producimos los alimentos para nuestras familias.

Desde ese año, el 28 de julio se hace un encuentro con todas las personas que conocimos al monseñor Devoto y vamos traspasando a las generaciones que nos siguen, que nadie deje de saber la vida y el compromiso que tuvo este hombre frente a la marginación y explotación de los grandes señores terratenientes y políticos. Fue una persona que se jugó por sus convicciones, con la práctica real de lo que demostró Cristo. Por eso quedará en la memoria de nuestro pueblo. De toda esta vivencia, es importante recalcar que, muchas veces, la vida de una comunidad depende de cómo las instituciones llevan adelante sus proyectos hacia el ser humano, los valores que se transmiten y el objetivo al que se pretende llegar.

El padre Jorge Torre

Lo conocimos trabajando en las colonias de la zona tabacalera, era un sacerdote muy allegado al monseñor Devoto. El conocía muy bien al hombre de campo, era compañero, muy cuidadoso y respetuoso de la idiosincrasia del campesino. Para nosotros fue un gran compañero de lucha, nuestro "asesor espiritual". La necesidad de cultivar nuestro espíritu tenía que ver mucho con la sumisión y explotación en que vivimos los campesinos de Corrientes.

El padre Torre siempre acompañó al Movimiento Rural, integrándose al trabajo de organización de las Ligas Agrarias. Era uno de los puntales importantísimos, por la gran necesidad que teníamos de mantener nuestro espíritu de lucha, siempre constante y alerta a los ataques de los que no querían que los pobres se organicen y reclamen sus derechos, siempre con el respaldo de nuestro obispo monseñor Devoto. Él reco-

rría las colonias de los dirigentes de la Comisión Central de las Ligas Agrarias, distribuidos en los distintos departamentos de la zona tabacalera. Fue detenido en varias oportunidades hasta que se autoexilió en España durante la dictadura, y volvió a Goya cuando se recuperó la democracia. Así retomó el trabajo de sacerdote en la pastoral rural, como párroco de la capilla Itatí, en un barrio de la ciudad de Goya. Cuando el obispo Alberto Devoto tuvo la trágica muerte en julio de 1984, lo nombraron al frente de la Diócesis de forma provisoria hasta que se designase a otro obispo. Después, siguió trabajando dando gran importancia a la zona rural de la diócesis de Goya hasta que falleció, producto de un infarto. Hoy se lo recuerda desde una ermita en la ruta camino al paraje Alamo.

Volvimos al campo más contentos

Era el segundo año desde que volvimos al campo, más contentos, ya que habíamos podido comprar ocho hectáreas de tierra para afincarnos mejor. Nos gustó este lugar porque está a ciento cincuenta metros de la costa del río Paraná. Como a Sergio le gustaba pescar, siempre buscábamos un lugar cerca del río. También, a seiscientos metros hay una escuela primaria y a dos kilómetros está el pueblo de Lavalle. Es un lugar hermoso, con mucha vegetación y vecinos cerca. Está el monasterio San Alberto Magno, donde trabajan y viven una comunidad de monjas Dominicas. En este lugar nos reuníamos para las capacitaciones de los jóvenes rurales entre los años 1968 y 1973.

Comenzamos a trabajar haciendo la chacra, la siembra de la sementera para alimento de la casa, aumentamos las vacas para tener leche, como siempre una parte del cultivo era el tabaco; era el segundo año. Contentos, ya que nos dedicábamos a plantar árboles alrededor de la casa hecha de material y chapa de zinc. La arreglamos un poco y entramos a vivir.

Este año tuvimos que poner la cosecha del tabaco en el techo, porque todavía no teníamos galpón. Al tercer año que habíamos llegado de México, estuvimos esperando nuestro tercer hijo. La familia iba creciendo, y al año siguiente el cuarto hijo.

Dos habían nacido en el exilio. Anahí, haciendo honor a nuestra querida patria guaraní, y Emiliano en honor al gran revolucionario y defensor de los campesinos en México, don Emiliano Zapata. Aquí, en Argentina, en Puerto Viejo nació Alicia haciendo mención a nuestra querida hermana y compañera Alicia Dumont. El cuarto, lleva el nombre del papá, Sergio. Era importante el nombre de nuestros hijos, allí nosotros reflejamos nuestras convicciones.

Con todo lo pasado, hoy me encuentro que hace ya trece años que Sergio, mi compañero de vida, no está físicamente, después de sufrir un cáncer de piel que, sin darse cuenta, lo fue consumiendo. Tenía una piel muy delicada, ya que era descendiente de europeos (de Italia), y con el sol muy fuerte en esta zona, a pesar que siempre permanecía con su sombrero, no fue suficiente y desembocó en un cáncer terminal. Sergio Tomasella falleció el 9 de enero del 2000, hacía ocho meses que se había operado de una metástasis en el cerebro.

En ese mismo tiempo, mi hija mayor, Anahí, desembocó en una enfermedad mental (esquizofrenia). Ella hacía dos años que estaba estudiando en la ciudad Capital (Corrientes) la carrera de odontología en la Universidad del Nordeste. Esto fue muy fuerte para toda la familia, porque por un lado perdí a mi esposo y compañero de militancia, y contención en la familia; y por otro, me quedé con una hija en estado límite de salud mental, andando de un lado para el otro, creyendo que ella volvería a la normalidad en su salud mental. A pesar de las andanzas, me di cuenta que ignoraba todo lo que significaban las enfermedades mentales. Fue así que tuve que optar por internarla en varias ocasiones en centros de salud, ya

que era imposible llevar su tratamiento en el domicilio. Llegó a varios momentos de peligrosidad para toda la familia, ella se ponía muy agresiva, que es algo propio y característico de la esquizofrenia. Con todo el dolor en el alma, la última vez la llevé a internarla en el hospital psiquiátrico de la capital de la provincia, pero después de un año y medio, desapareció. Ahora ya hace siete años que el hospital dice que mi hija se fugó. Esto escribí cuando mi hija desapareció:

¡Hija mía! ¡Mi Anahí!

¡Mi muchacha!

¡Ya nos encontraremos!

Ojalá Dios quiera, pronto.

Recibo llamadas que andás
divagando por las ciudades
sin rumbo, ¿no sabes que te
estamos buscando?

Con mis ojos, te busco,
sin encontrar tu mirada,
ni siquiera alguna persona
que vio tu cicatriz en tu cuello.
Así exactamente puedo asegurar
que sos mi Anahicita.

Para que no pasen tantos días
y poder así estar en mis brazos
y protegerte con el amor que siempre
tengo guardado para vos.

Me duermo pensando en vos
me despierto, lo mismo,
sigo con tu imagen en mi memoria
¡no es para menos!

Sigo tus pasos con mi mente
quiero convencerme de que estás bien

No me puedo quedar tranquila si no
te encuentro, recorro las calles buscándote
con todas las fuerzas de mi alma, no me
canso, tendré la paciencia que siempre
tuve desde que supe vos,
estabas especial.

¡Hija mía!

Te pienso, estás en mi corazón
pero no te encuentro.

Los días pasan, no te veo
siento que estás conmigo
y no estás.

¡Qué será de ti hija mía!

¡Qué camino andarás recorriendo!

¿Será que pensás en mí?

Yo nunca pasé tantos días
sin saber de tí, te extraño.

Te busco, te buscan los amigos
no te veo, no te ven, no te encuentro
no te encuentran.

Yo no entiendo cómo tu cabecita
puede resistir sin pensar en mamá.

Pido a Dios que te ilumine
y te orientes, y encontrarnos pronto.
Tal vez andás dando vueltas buscándome
quizás por algún campo o pueblos o ciudades
qué será de tu sonrisa, tu mirada sin
explicación de lo que te pasa.

Tengo fe que tu inteligencia te dará fuerza
y no pase tanto tiempo y poder encontrarte
tenerte en mi brazos y protegerte con el
amor que siempre tengo guardado para vos.

Estuve varios meses buscándola en toda la ciudad de Corrientes y atendiendo las distintas llamadas de muchos lugares. Desde la Secretaría de Derechos Humanos me ayudaron para imprimir las fotos de mi hija, y distribuir en toda la provincia y las aduanas de países vecinos. También viajé a las provincias vecinas porque llamaban desde el Chaco y norte santafesino siguiendo rastros con algún testimonio. Fuimos siguiendo el camino que va paralelo a la vía del tren que va hasta Los Amores, al norte de Santa Fe. Perdí todo rastro, pasaron varios meses y tuve que volver a casa, porque estaban mis hijos desesperados. Los menores no dejaron de ir a la escuela, eran adolescentes y me necesitaban. Sin embargo, yo no quería volver a mi casa sin encontrar a mi hija.

Con los amigos en Corrientes, que son referentes de distintos sectores políticos y sociales, que siempre nos acompañaron, pedimos una audiencia con el entonces gobernador de Corrientes, Arturo Colombi. Pero no hubo ninguna respuesta, tanto la prensa y los distintos organismos como “Red Solidaria” se hicieron eco de la búsqueda de Anahí. Mi hija tenía 26 años, desapareció del hospital psiquiátrico San Francisco de Asís de la ciudad de Corrientes el 28 de enero del 2006. En distintas audiencias con el director, doctor Jorge Ramón Lojo, le planteamos la situación del hospital, la necesidad de tener más enfermeros. Ella no contaba con obra social y estaba en el sector de menor cuidado.

En una oportunidad, Anahí se introdujo un alambre en la garganta y desembocó en una gran infección por la que la tuvieron que internar en el hospital escuela fuera del psiquiátrico. Me avisaron y yo fui para estar con ella, ya que estaba en terapia intensiva. De allí se salvó y la volvieron al hospital psiquiátrico. Entonces, de nuevo hablé con el director, el doctor Lojo, para que la lleven a un lugar donde esté mejor atendida. La llevaron adonde estaban los pacientes que tenían obra

social. Le estuve tramitando la curatela para conseguir una pensión de discapacidad, y cuando me dieron la (curatela), que es el certificado que estaba a mi cargo por la discapacidad mental, se cerró por fin de año y hasta el mes de febrero de 2006, cuando recién podría iniciar el trámite para la pensión y obra social. De todas maneras, ella estaba supuestamente en un lugar más cuidada. Antes que yo inicie estos trámites, ella desapareció del hospital.

Me quedé muy mal, triste, sin poder hacer nada que me llene esta ausencia de mi hija, con mucha bronca e impotencia de no poder evitar la mala atención a mi hija y la de todos los pacientes que llegaban y no los atendían como personas. Junto con otros familiares del interior de la provincia estuvimos solicitando que se mejore la atención del hospital, pedíamos que haya más personal, más enfermeros en cada sector, y también más cuidado hacia la limpieza, sobre todo en los baños, a los que no se podía ni entrar para bañar a los pacientes.

En el mes de mayo de 2006 se quemó un joven que estaba internado con mi hija Anahí, que murió por el humo que tragó, ya que no se dieron cuenta lo que sucedía y no pudieron abrir la pieza que estaba trancada con un candado de afuera. Cuando el chico murió, a los pocos días este doctor, Jorge Ramón Lojo, presentó su renuncia. Se lavó las manos de todo, junto con los otros médicos que nunca se hicieron cargo de la mala atención. Esta causa sigue hasta el día de hoy en el juzgado provincial y federal. Por tratarse de desaparición de persona, la ley indica que no caduca la causa. Así, sigo buscando a mi hija. Los años pasan y siempre trato de sacar fuerza trabajando en las cosas lindas que puedo dar, ayudar, aportando mi experiencia de toda la vida, compartiendo y ayudando a mis hijos a superar estas secuelas que nos quedan de por vida. Para mí es importante encontrar el amor en las familias y compañeros de trabajo que día a día vamos construyendo algo distinto, para lograr, de a poco, que nuestra sociedad tenga mayor igualdad.

La comunicación popular

Hace varios años, mientras llevo en el alma el dolor de la desaparición de mi hija Anahí, y las secuelas de la falta de integración en la sociedad debido a todo lo sufrido, me invitaron a estudiar comunicación popular con un programa del Pro Huerta del INTA y el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, con los vecinos de los parajes del departamento de Lavalle y Goya. Estos encuentros me obligaron a que contásemos las distintas experiencias y a volver a reafirmar mis raíces en el campo. Fue hermoso aprender a escuchar, reencontrarme en todo momento con la capacitación para poder informar en los programas que transmitíamos por radio, poder pensar, elaborar y crear. También pude descubrir que toda mi historia personal era una experiencia colectiva, de una generación en el país y a nivel latinoamericano. Para mí fue un salto en mis conocimientos el hecho de poder contar en una revista que decidimos hacer los comunicadores populares, ya sea lo relacionado con la historia de las Ligas Agrarias como con la organización y la lucha de este sector del campo.

En principio, empezar a recordar todo lo vivido fue y es muy doloroso, pero creo que es importante que se conozca, por eso lo hago. Más pensando que, cuando se difunde, ayuda a que nunca más haya represión a todas las expresiones de nuestro pueblo. En esta revista nos cuesta mucho poder elaborar los escritos, pero es muy importante lo que aprendemos, vamos por el tercer número de "Vivencia de mi tierra". Trabajando como comunicadora popular experimento la gran necesidad de hacer visibles nuestras historias, costumbres, formas nuevas, organizaciones de defensa de la producción, comercialización y falta de tierra.

Desde hace varios años que dejamos de cultivar tabaco, me di cuenta que hemos trabajado muchos años para mantener estos grandes monopolios que se han aprovechado de

nuestra juventud y la de nuestros hijos. Hoy estamos trabajando para que los jóvenes se queden en el campo, a través de las organizaciones se incentiva para que los jóvenes se capaciten, sean promotores de proyectos de trabajo para mejorar. Alentamos a que los jóvenes hagan los grados de secundaria, ya que hay varias escuelas de estudios superiores en el campo, como las *Escuelas de las Familias Agrícolas* (EFA) y otras escuelas con estudios secundarios impulsados por el Ministerio de Educación. Algunas escuelas están en los pueblos, como es el caso de Lavalle, y tienen extensiones áulicas en el campo.

En mi paraje, Puerto Viejo, está la extensión de una escuela que hace quince años que funciona. Hace un año que se estrenó el edificio nuevo con el Programa Nacional "Más Escuelas". Este edificio fue inaugurado solamente con las autoridades de la provincia y el municipio, sin la participación visible del plan nacional, aunque en las placas consta que fue aprobado con la firma de la presidenta Cristina Kirchner. Esta comunidad del pueblo de Lavalle, junto a algunos profesores y maestros preocupados por la necesidad de una escuela secundaria, trabajó y consiguió habilitar la escuela y le pusieron el nombre de un político que murió en un accidente, justo cuando era candidato de los conservadores. De cualquier manera, esta institución es parte del cambio que se está haciendo en Lavalle, y por consiguiente el paraje Puerto Viejo. Hace veintiseis años que mis hijos comenzaron la escuela primaria aquí en una escuelita rural común, del Estado. Cuando ellos terminaron tuvimos que mandarlos a Santa Lucía, a unos siete kilómetros aproximadamente. Salían a la ruta 27 y tomaban el transporte escolar; y después, cuando no podíamos pagarlo, en colectivo con el boleto de estudiantes, que sale un veinte por ciento menos. Cuando mis hijos terminaron la primaria, eran muy pocos los egresados, siempre salían cinco, cuatro o tres alumnos. Ahora que hay una secundaria en el pueblo

de Lavalle, y que en Puerto Viejo hace cinco años comenzó la extensión, salen más de diez egresados del primario. Hubo un adelanto en la participación de los chicos para cursar la secundaria. En marzo de 2013 se cumplieron quince años desde el inicio. La cantidad de alumnos que en el distrito de Lavalle están cursando el secundario es de quinientos chicos, y además hay jóvenes que van a cursos terciarios en las ciudades de Santa Lucía y Goya. Así, los profesionales que van saliendo tienen trabajo, y si no, son jóvenes que tienen preparación.

El presente de la agricultura familiar

Quiero mencionar que el campo, con respecto la agricultura familiar disminuyó en el distrito de Lavalle. En cuanto a fincas, tipo empresas pequeñas, funcionan con personal asalariado. Las más grandes, en menor cantidad son empleados con beneficios y están inscriptos en AFIP. En los más chicos, hacen figurar que le pagan un sueldo y la realidad es que les pagan por día y sin los beneficios sociales. Las fincas contratan de palabra el personal y hay casos que cambiaron de dueño para declarar la quiebra de la empresa.

En todo el departamento de Lavalle, la mayoría de estas pequeñas empresas usan personal asalariado en negro y desconocen la sindicalización de los trabajadores. Los trabajadores tienen un grado muy bajo de conocimiento, sin instrucción sobre sus derechos; y al que levanta la cabeza, lo marcan y no le dan trabajo. En muchos casos los niños y adolescentes forman parte de los empleados.

Entre 2011 y 2012 varios niños murieron por el uso de agrotóxicos. Esto ocurrió aquí, en mi paraje, Puerto Viejo, que siempre fue un lugar de producción de frutas. En la década del 30 producía citrus, en el 70 horticultura al aire libre. Hoy es horticultura, tomate, pimiento princi-

palmente, bajo cobertura plástica. Y para esto se necesita capital en estructura. La mano de obra son las familias que viven en la costa del río Paraná, que antes eran tabacaleros, ribereños, changarines y pescadores. Sobre, y a pocos metros, de las casas existen coberturas plásticas con esta producción que hace más de veinte años que sufren las fumigaciones con agroquímicos y agrotóxicos. Si bien ellos trabajan y viven con la manipulación de estos pesticidas, uno de los empresarios, sin tener cuidado usó un desagüe que desemboca en el río y por el que cruzaban en un caminito las familias para hacer sus compras, principalmente los chicos. Pongo como ejemplo el caso del niño Nicolás Arévalo de seis años. Nicolás cruzaba ese desagüe, hasta que empezó con un cuadro de descomposturas, con vómitos y fuerte dolor de panza, que no superaba hasta que su mamá lo lleva al hospital de Santa Lucía en dos ocasiones. En el hospital se le sumó al cuadro músculos y cuerpo rígidos. El profesional que atendió a Nicolás le inyectó un antivómito y lo mandó a su casa. A la madrugada, Gladys, la mamá del niño, vuelve a llevar a Nicolás al hospital. También internaron a una niña de cinco años, Celeste, prima del pequeño, con un cuadro similar. Los médicos del hospital diagnosticaron una hepatitis fulminante. Los enviaron a su casa e informaron de los casos a las escuelas donde los chicos asistían. Los padres de Celeste se opusieron al alta y lograron ser derivados al hospital de Goya. En su casa, Nicolás empeoró y los padres lograron trasladarlo también al hospital de Goya donde se enteraron que habían diagnosticado a Celeste intoxicación por los agroquímicos utilizados en la tomateras.

Los chicos fueron trasladados de urgencia a Corrientes, donde Nicolás murió con un diagnóstico similar al que le había dado a Celeste, que fue trasladada al Garrahan donde ratificaron la muerte por contaminación por agrotóxicos.

Sentí mucha impotencia y dolor ante la muerte de este niño y ante la discriminación que sufrió su familia por ser campesina y pobre. Los medios locales llegaron a hablar que la mamá de Nicolás no lo cuidaba, que el niño comía cualquier cosa. Luego de la muerte pensaron en llegar hasta las últimas consecuencias con la verdad, que se hiciera justicia por la muerte del niño, pero estas familias, como todas las de esta región, trabajan de peones en negro, como changarines, viviendo el día a día para sobrevivir.

Acompañamiento a víctimas de violencia familiar y de género, abuso a niños, niñas y adolescentes y trata de personas

Comencé, en primer lugar, porque las madres se identificaron con mi situación de tener una hija desaparecida. Buscaron mi ayuda y acompañamiento porque había chicas que desaparecían, como fue el caso de unas jovencitas de Lavalle. Así fue que buscamos apoyo en la hermana Marta Pelloni para que nos acompañe a buscar a estas chicas. Descubrimos que eran víctimas de trata y abuso para llevarlas a prostituirlas. Cuando comenzamos a difundir y reclamar, se reveló que eran los policías con el patrullero que las entregaban a los lugares de prostitución. Las chicas engañadas y deslumbradas con promesas de buena vida, eran abusadas.

En mi caso, no sé exactamente qué pasó con mi hija Anahí, yo sigo buscándola pero no tengo ninguna pista, si fue víctima de trata o qué pasó con ella. Soy una madre del dolor, como muchas madres de todo el país, aunque me sumo a nuestras queridas Madres de Plaza de Mayo, creo que siento el mismo dolor que sufrió mi mamá cuando desapareció mi hermano *Tonito*.

Por eso estoy luchando junto a las madres que sienten el dolor por sus hijos, quiero acompañarlas para que no se sien-

tan solas; y poder reafirmar mi deber de madre buscando el bienestar de los niños y niñas. Creo que hoy hay una ley que salió en 2012 sobre el derecho a la no violencia de género, sobre esto necesitamos capacitarnos y conocer más.

Hoy a los 61 años, veo que el campo sigue teniendo la misma importancia que tuvo siempre y que hace falta mucho trabajo de concientización y de contención de los campesinos. Por eso hay que seguir trabajando, acompañando y creciendo. Los jóvenes de hoy cuentan con muchas más posibilidades que las teníamos nosotros para estudiar, formarse y aprender cosas que a nosotros nos costaba mucho más. Pero también nosotros, los más grandes, tenemos la responsabilidad de acompañarlos y para eso seguimos aprendiendo; así que el año pasado volví a realizar el secundario, me anoté para estudiar a distancia en la Universidad, trabajamos en la red de comunicación en la región y hacemos radio, y lo más importante, ¡seguimos caminando!

Existe otro mundo mejor y está en este

Somos optimistas bien informados. Los que integramos CICCUS sabemos que, en gran medida, el desencuentro humano obedece a la inequidad en la distribución y disfrute de los bienes tanto materiales como intangibles. Y no pecamos de ingenuos cuando creemos que esto se debe y se puede corregir.

Nuestros cuidados libros divulgan textos de reconocidos especialistas e investigadores que animan valores tales como la cooperación, la solidaridad, el respeto a la naturaleza y la adhesión gozosa de lo diverso desde la propia identidad.

Crisis: oportunidad y/o conflicto. Siempre depende de nosotros elegir, decidir. Nosotros y nuestros autores ya lo hicimos.

El libro como creación cultural es una aventura que se recrea con los lectores, necesita de su complicidad.

Para leer, sentir, pensar y actuar situados.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN:

*Juan Carlos Manoukian, Mariano Garreta, Susana Ferraris,
Enrique Manson, Violeta Manoukian, Héctor Olmos.*



Ediciones CICCUS ha sido merecedora del reconocimiento *Embajada de Paz*, en el marco del Proyecto-Campaña "Despertando Conciencia de Paz", auspiciado por la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y La Cultura (UNESCO).

EDICIONES
ciccus

CENTRO DE INTEGRACIÓN
COMUNICACIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD

Medrano 288 - (C1179AAD) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(011) 4981-6318 / 4958-0991 - www.ciccus.org.ar

Esta edición de 1500 ejemplares,
se terminó de imprimir en agosto de 2013,
en Idelgraff, empresa recuperada por sus trabajadores,
Mariano Pelliza 4167, Munro.
Buenos Aires, Argentina.